

la noria



No. 14 SANTIAGO DE CUBA 2018

Y mañana, como un asno de noria,
el retorno canalla y sombrío,
doblar la cabeza y escribir:
Al juzgado,
con los ojos aún llenos de lumbres,
sobre un mar amatista encantados.

REGINO E. BOTI

la noria

Revista Literaria semestral no. 14
Centro Provincial del Libro y la Literatura
Santiago de Cuba, 2018
Coauspiciada por la
Asociación Hermanos Saíz

José Ramón Sánchez (Edición)
Oscar Cruz (Edición)
Gabriel Cascante (Diseño)
Gustavo Wojciechowski (Logo)
Javier L. Mora (Corrección)

Consejo editorial:
Reina María Rodríguez
Reyna Gretchen Menéndez Rivas
Jamila Medina Ríos
Ángel Pérez

Encuadernación:
Equipo de Ediciones Santiago

Redacción:
Centro de Promoción Literaria “José Soler Puig”
Enramadas # 356 e/ Carnicería y San Félix
Santiago de Cuba
Teléfono: [53] (22) 62 5907
Correos electrónicos:
oscaroilan@gmail.com
marabuzalo3@gmail.com

ISSN: 2077-8422

Julio Jiménez	2
Juan Manuel Silva Barandica / Natalia Figueroa / Luz María Astudillo Ugalde / Yeny Díaz Wentén	10
José Ramón Sánchez	23
Nanne Timmer	25
Bárbara Wapnarsky	30
Violeta Kesselman	36
Emilio Jurado Naón	39
Legna Rodríguez Iglesias	48
Rita Dove / Katerina González Seligmann	50
Larry J. González	53
Emmanuèle Jawad / Oscar Cruz	57
Pablo de Cuba Soria	60

Julio Jiménez

(Santiago de Cuba, 1974)

Milf

El hombre sentado a la cabecera de la mesa preguntó si alguien tenía algo que decir y los asistentes nos miramos unos a otros, rogando porque nadie pidiera la palabra. El funcionario asintió, dio por concluida la reunión, Alberto y yo nos levantamos de nuestras sillas para ir hacia la puerta, y Adela nos llamó.

La vi bordear la mesa, tratando de abrirse paso a codazos cortesés entre la manada que se embotellaba en una esquina de la sala, y sus muslos cincuentones y macizos, marcándose bajo la tela vaporosa de su vestido, me confirmaron lo que había pensado de nuestra coterránea en cuanto la habíamos conocido, allá en el hospedaje: era una auténtica *milf*.

—¿Qué van a hacer por la noche?

Yo tenía mis treinta años, un divorcio reciente y el regreso, dos días después, a mi municipal vida de siempre. Las combinaciones de esos elementos resultaban en unas peligrosas ganas de hacer cualquier cosa que me justificara el viaje y las horas malgastadas oyendo hablar a un tipejo con rango de viceministro sobre planes de clase y la importancia de la preparación ideológica a nuestros educandos. Como opción, lo único que podía ofrecerme mi provinciano abanico de posibilidades, era la visita a una amiga de infancia de mi madre, a ver si conseguía un trago y una vuelta por el Malecón. Así que cualquier *milf proposal* sería bien recibida.

—Todavía no hemos cuadrado nada. ¿Y tú? —dije, para recalcar disponibilidad e interés.

—Voy a despedirme de mi hermana, en El Vedado —dijo Adela—. Después podemos vernos.

—No, qué va, ahí no —medió Alberto, como si aquel aristocrático barrio fuera una ciénaga en cuyo centro viviera el viejo más repulsivo que pudiera imaginar una mente infantil.

Le pregunté qué tenía contra 23 y sus alrededores. Alberto sonrió, miró al piso y movió la cabeza, como decepcionado.

—¿De verdad tú no sabes qué día es hoy?

—Sí, es el cumpleaños de la tía postiza de la que te conté, la que vive en El Vedado.

—Anjá, ¿y qué conmemora hoy el mundo entero, papito?

—Ay, sí —intervino Adela, y se interrumpió, como si el motivo de mi socio fuera conocidísimo en todo nuestro verde reptil, excepto por mí—. Bueno, me llaman si deciden algo —agregó y se fue.

Mientras se alejaba, me deleité mirando cómo su culo redondo rebotaba sobre el pasillo de granito, viendo cómo todas las cabezas masculinas se viraban a su paso, y decidí averiguar la actitud de Alberto. Hasta la presente, siempre había sido una excelente compañía en las reuniones de trabajo. Cuando me lo presentaron, en mi primer día en el Pedagógico, creí que aquel sesentón sería el clásico comunista, *comecandela* como les llamaban, aburrido y dogmático. En la primera reunión de departamento me sorprendió haciendo todo lo contrario. Sin dejar de fingir atención, actitud que remarcaba asintiendo constantemente, sin importar lo que se dijera, me pasaba papelitos con chistes y juegos que hacían volar las horas y reducían notablemente la sensación de tiempo perdido. En esta, desde que lo recogí en la Terminal, lo notaba cabizbajo y reflexivo, tristón, y no había respondido a ninguna de mis tantas provocaciones. Yo lo achacaba a la importancia de esta cita en la capital, donde discutíamos cambios a los planes de clases, pero la conversación con Adela, llena de sobrentendidos sobre El Vedado que yo ignoraba, me tenía en ascuas.

—Ven acá, miijo, ponte para esto, ¿tú no ves que la *milf* está muerta contigo?

—¿Quién?

Otra vez tuve que explicarle el significado del acrónimo y mediante cuál película se había introducido en el uso de mi generación. También había tenido que hacerlo con el *moonin* y el *fist-fuckin*, pero salvo si hablábamos del *fracking*, Alberto, que en sus borracheras lloraba cantando en inglés, nunca escuchaba. Tampoco lo hacía ahora. Miraba al pasillo por donde, en su camino hacia la salida, Adela iba haciendo que todos nuestros congéneres viraran la cabeza.

—Cuadren lo que quieran, pero en El Vedado no, allí no —dijo, medio cabrón.

Se alejó, siguiendo el rastro luminoso que las sandalias de nuestra coterránea habían dejado en el suelo de granito. Lo llamé queriendo preguntarle cuál de tantas efemérides celebrábamos aquel glorioso sábado de primeros de diciembre, pero me hizo un gesto obsceno con el brazo, y no me quedó más remedio que seguirlo.

Toqué el timbre y tuve que esperar un buen rato para que me abrieran. Finalmente, Adrián se dignó asomar su cabezota tras la puerta. le pregunté por Leticia, y antes de darme la espalda hizo un chasquido con los labios, lo que mi mamá llamaría “freír un huevo”.

No iba a calentarme con su hostilidad. Probablemente atendería igual al cartero, al de la campaña de fumigación y al recadero, con tal de que fueran jóvenes. Seguramente calculaba que yo, tan lozano como él y conocedor de la pasión de su mujer por los jóvenes, intentara seducirla y ocupar su lugar en aquella casona. Pero el muy imbécil sabía que yo conocía a su mujer desde hacía años, y entre nosotros todo había pasado ya, o no pasaría. Bueno, quizás ella le hubiera contado de nosotros en algún rapto de honestidad poscoital. Fui hasta la sala, impresionado otra vez con los cuadros y mármoles de aquella mansión de 25 y A, hasta acomodarme al lado de Adrián frente al televisor. Cuando me senté le escuché decir “la jeva está en el baño”, y a eso no tenía qué responderle. Al rato preguntó si quería café, asentí, se levantó y salió de la sala.

Cogí el remoto, empecé a pasar canales hasta que me encontré con un documental sobre el terrorismo, específicamente sobre los talibanes. Sonreí al recordar que así me decían Alberto y los demás en el trabajo. No me molestaba. Más bien sentía que me justificaba ante cualquier desconocimiento o malcriadez que se me ocurriera en la pincha. Me pregunté otra vez qué tendría al socio tan cabrón, y tampoco encontré razón suficiente para despreciar a la *milf*, que tan providencialmente el Ministerio de Educación hiciera colega nuestra. Con los créditos del documental, reparé en que Adrián demoraba demasiado, incluso si hubiera tenido que colar el café, y fui a la cocina. No encontré a nadie. Cogí una taza, abrí el termo, me serví un café que debió ser colado por la tarde, y seguí hasta el baño. La puerta estaba entreabierta, y se veía a Leticia, envuelta en toalla, con el torso inclinado hacia delante, cubriéndose el pelo con otra toalla. Sus muslos quedaban al aire, y no eran una mala visión para tratarse de una sesentona, aunque definitivamente no calificara como *milf*. Quizás lo había sido muchos años antes, cuando era yo quien me bañaba, allá en mi casa, todavía sin conocer el término anglófono que me jodería la vida, y ella entró a llevarme una toalla y se sorprendió de lo rápido que yo estaba creciendo y me acarició en el órgano donde más se me notaba.

Más de una década y media después, Leticia se incorporó en el baño de su casa, con el mismo aire gracioso, sonrió, haciéndose una especie de turbante, y vino a besarme en la mejilla.

Nos fuimos a su cuarto, y me indicó la cama para que me sentara. Mientras se secaba el pelo, preguntaba por sus conocidos que quedaban en el pueblo. Yo intentaba calcular si sus generosas tetas, aquellas que amasé como premio a haberme bañado bien después de mataperrear, empeorarían si de pronto dejaran de estar

apretadas bajo la toalla. La escuché preguntando por mi mujer, y aunque ya llevaba más de tres meses solo, preferí mentirle y decirle que nos iba bien.

—¿Y tu mamá, no se decide? Mira que le he dicho que venga para acá, yo la podría ayudar.

Uno de los sueños de Leticia era llevar a vivir a La Habana a los pocos amigos que el exilio no le había quitado. Mamá, su cómplice de beca para correrías tan rocambolescas como robar croquetas escuchando a Los Beatles, se le resistía. A veces, la lenta vida provinciana parecía convencerla y se embullaba con el poder de gestión y conexiones de Leticia, pero a los pocos días se desinflaba y terminaba la discusión con el argumento de todos los guajiros pusilánimes: “En La Habana no hay quien viva”.

—Y por fin —dije—, ¿esto es la víspera de un cumpleaños o qué?

—¿Quieres que nos vayamos para la calle ahora?

Leticia lo dijo como si el cumpleaños fuera el mío. Respondí que me daba igual y miró en derredor.

—¿Y Adrián?

—Cuando llegué estaba en la sala, viendo el noticiero. Me preguntó si quería café, se fue y no me lo trajo.

—Qué comemierda es ese muchacho —dijo, sonrió, y me dio una palmada en el hombro—. Déjame vestirme, anda. Espérame en la sala.

Me levanté de la cama e hice por salir. A punto de cerrar la puerta la vi de espaldas, quitándose la toalla y contemplé un momento su culo apenas con celulitis, y sus muslos todavía táctiles.

Ya en la calle, Leticia me hablaba de cada bar, cafetería, cine o mercado de la calle 23 como si los hubiera fundado. Como toda provinciana que había tomado La Habana por asalto, consideraba que aquella era la mejor ciudad del mundo. Yo la escuchaba y sonreía vagamente. Quiso saber con quién había venido y le conté lo extraño que se mostraba Alberto, mi única esperanza ahora frustrada, contra esas largas y estúpidas reuniones que nos habían traído a la capital. Entramos a una cafetería, en la esquina con la calle G, pedimos cervezas y seguimos conversando. Mientras la escuchaba, a veces rozábamos las rodillas y yo sentía un raro corrientazo que ya no tenía que ver con ella, sino con los recuerdos que me golpeaban como una motera de polvo. Mientras terminaba la segunda cerveza, entendí que el final más probable de aquella noche de recuerdos confusos sería en el baño del alojamiento, y mi último pensamiento sería para Adela. Decidí apurar la cosa y le pedí que nos fuéramos a la casa.

El imbécil de Adrián seguía ausente de sala, cocina, cuarto y baño. Lo encontramos en el patio, acompañado de un tipo, un purete flaco

que intentaba vaciar en su vaso el chorro del último trago de una botella de ron. Casi todo se le derramó afuera. Miró un momento el vaso, como confundido, y luego miró a la dueña de la casa.

—Leti, mi amor —dijo abriendo los brazos, en una mano el vaso semivacío y en otra la botella vencida—, ven para acá, vamos a cantarte japibérdei.

La amiga de mi madre lo ignoró y ocupó un pequeño sillón frente a él, y yo acomodé los codos en la reja de una ventana, tal vez del cuarto de Leticia. Nos presentaron. El desconocido se llamaba Toni y también había vivido en el pueblo. Gracias al Altísimo yo no lo había conocido.

—¿No vamos a ir a verlo al parque? —dijo el tal Toni, y Adrián sonrió, despectivo.

—¿De nuevo? —dijo—. Es verdad que a ti te gusta que te maltraten. Toni asintió, apenado, y Leticia tuvo un gesto de impaciencia.

—Mañana no los quiero a ninguno aquí, me van a echar a perder el cumpleaños.

A Toni no pareció importarle el comentario de la casi homenajead. Dijo que todavía no se podía creer los cojones que tenían “esta gente”, que le hubieran hecho una estatua a ese tipo por el que tanta gente había caído presa. A Leticia no parecía importarle nada de lo que decía su coetáneo. Ni siquiera que su fecha de nacimiento coincidiera con la de la muerte del ídolo. Miraba a Toni con esa conmiseración con que se mira a los borrachos, esperando que acaben de una buena vez. El tipo me miró y por alguna beoda razón me encontró más receptivo.

—¿Cuánta gente tú crees que fue presa por oír a ese tipo? —me dijo. Me encogí de hombros.

—Tira un cálculo.

Repetí mi gesto de menosprecio y me señaló con el dedo.

—Eso no lo va a saber nadie, nunca —agregó, y viró su índice acusador hacía Adrián—. Tú debes ser más o menos de la edad de este, ¿no? —asentí—. Entonces tú tampoco sabes nada de lo que pasó.

Claro que sabía qué había ocurrido en los setenta, y la prohibición de escuchar música extranjera y el corte forzado al pelo de los muchachos que lo llevaban largo. Solo que no me importaba, y únicamente sesentones muy comemierdas o resentidos todavía le encontraban a eso importancia suficiente para joder un cumpleaños, que además, coincidía con la visita a La Habana de un recién divorciado avileño en la flor de su vida.

El tipo siguió con su perorata sobre todo lo que se había pasado en Cuba en esos años y que ellos, la gente de su edad, sí eran unos

salvajes que se la había tenido que mamar, como el chivo. Según él, gente como Adrián y yo habíamos cogido a todo el mundo cansado y la habíamos pasado más fácil.

En algún momento pensé explicarle al tal Toni toda la mierda que el diversionismo ideológico me había hecho tragar por un simple pulóver de Marilyn Manson. Supuse que caeríamos en comparaciones, y me agoté de antemano. Quedamos callados un rato, y al cabo, Tony miró su vaso vacío y luego a Leticia.

—¿No vas a poner un temita de Los Beatles hoy?

Leticia se removió en el asiento y levantó una mano.

—Ay no, no te pongas con eso ahora.

—Mija, una canción nada más, ahora que se puede.

—Hace rato que se puede, Toni. Desde los noventa, hazme el favor.

—Pero ahora se puede más. Tenemos estatua y todo. Dale, muchacha.

—Que no —repitió Leticia, mirándolo, con los ojos muy abiertos y el tono serio. Toni sonrió, vació el vaso de un trago y se levantó.

—Voy echando —dijo, se levantó, se acercó a Leticia y le dio un beso en la mejilla—. Felicidades.

—Gracias —le respondió ella con una sonrisa falsa.

Toni atravesó el patio, me palmeó el hombro al pasar por mi lado y salió.

—Cierra la puerta —dijo Adrián, y al poco rato se oyó un portazo.

Quedamos en silencio. Pensé que aquello era una total mierda de víspera de cumpleaños. Me incorporé y le dije a Leticia que también me iba.

—¿Vas a venir mañana?

Miré a su marido, que me echó su acostumbrada miradita de marido habanero celoso.

—No sé, a lo mejor.

—Ven, chico —dijo ella—, ¿qué tú tienes que hacer?

A la mañana siguiente me esperaba la gran reunión, horas y horas escuchando hablar a un tipejo con rango de viceministro. Probablemente pasara tan rápido como las anteriores, entretenido con las bromas y jueguitos al ahorcado que Alberto me pasaba en un papel.

—Dale, mañana va a ser mejor, te lo prometo. Nos vamos para la calle desde que llegues.

Me despedí, salí y fui buscando la parada. Tenía claro que no regresaría a ver a la amiga de mi madre. La noche siguiente sería la última que pasaría en La Habana por un buen tiempo, y tal vez Alberto se superara a sí mismo. Quizás hasta podíamos acercarnos a Adela.

Buscando la parada, pasé por el parque de la famosa estatua. Iba con la rabia suficiente como para robarle los espejuelos, mearlo o rayarle la cara. Por aquel pelú se había jodido mucha gente. Cerca del banco donde el ídolo esperaba a sus adoradores había un custodio, un purete, a las claras alcohólico reivindicado al que el uniforme le quedaba ancho, dando vueltas por los alrededores. Con mucho, podría sacarle la lengua al homenajeado, o tendría que enredarme con el puro custodio. Ya frente a la figura, me di cuenta que no era por ese muerto que Toni y Leticia no podrían pasar un buen cumpleaños, sino por cuatro o cinco tipejos con rango de viceministros.

Por la tarde, me cansé de buscar a Alberto en el hospedaje, y salí para El Vedado solo. Adela me esperaba en un parque cercano a la casa de su hermana. Llevaba un espléndido vestido floreado, también vaporoso, que supuse destinado a seducir a mi compañero de trabajo.

—¿Y Alberto?

—Cuadramos que nos veíamos aquí —le dije, sospechando que no aparecería.

—A lo mejor no viene. Recuerda que dijo que en El Vedado no.

—Bueno, allá él —respondí, cansado de tanta gente traumatizada a mi alrededor, y calculando que la *milf* no demoraría en inventar una excusa y desaparecer.

—¿Quieres tomarte una cerveza?

Cuando lo dijo, le sentí aliento etílico. Adela se levantó y la seguí, creyendo que conocería alguna cafetería en las inmediaciones. Caminamos dos o tres cuadras, se detuvo ante la verja de una casa y entró.

—Pasa —dijo—, esta es la casa de mi hermana.

No tocó a la puerta. Abrió un bolso y sacó una llave. Entramos a una sala amplia y espaciosa, casi tan grande como la de la casa de Leticia, aunque un poco menos lujosa. Me indicó que me sentara y se perdió por el pasillo. Me entretuve mirando los muebles y adornos, hasta que regresó con dos botellas de cerveza y se sentó a mi lado.

—Bueno, por el mongo de Alberto —dije.

Adela sonrió y chocó su botella con la mía. Bebimos y puse la botella en una mesita de cristal que tenía delante.

—Ustedes no saben cómo fue esto —dijo—. Fueron años difíciles. A mí también me tocó lo mío, aunque era casi una niña.

—Ay, Adela, aquí a todo el mundo le ha tocado lo suyo. Vamos a hablar de otra cosa.

—¿De qué tú quieres hablar?

—No sé, de cualquier cosa, pero que no sea la cantaleta esa de la estatua y lo demás. Ya eso me jodió la noche ayer. Algo divertido.

Sonrió, maliciosa, cogió su botella y bebió.

—A ver si esto te divierte.

Devolvió su botella a la mesa, se levantó, puso un pie sobre el reposabrazos de mi asiento, y se apartó el blúmer con una mano, unió los dedos de la otra, los escupió, y comenzó a introducirse en la entrepierna, absolutamente sin ningún problema, hasta meterse el puño completo.

Había visto el *fist-fucking* en muy pocas escenas del porno más extremo. Ninguna de las actrices lo había hecho con tanta facilidad como mi colega. Si esto era herencia de Los Beatles, quedaba demostrado que afectaba muy diferente de una gente a otra. Pero no me calentaba lo suficiente. Quizás fuera lo improvisado del acto de mi colega, pero le encontraba más de magia que de lascivia. Me moví en el asiento para mejorar la visión del plano detalle de su vulva.

—Saca la mano, anda —le dije—. Déjame chuparte.

Adela se movió para llevar sus labios mayores hasta los míos, y todavía se los abrí más con mis dedos, vista la proeza anterior. Le tiré un rápido lengüetazo de comprobación, a ver si aquel prodigio rosado no era plástico, y escuché su gemido solapado con su nombre gritado y una mala palabra. Adela se apartó de un salto, bajó el pie y recompuso su vestido floreado. Miré a la puerta.

—¿Y usted quién es? —dijo la recién llegada, una versión flaca y desvencijada de Adela que aún sostenía el pomo de la puerta y hacía un visible esfuerzo por bajar la rojez de su rostro.

—Buenas —atiné a decir—, yo soy un compañero de trabajo de Adela.

—Miriam, qué bueno que llegaste —dijo la aludida, como si hubiéramos sido sorprendidos terminando un rompecabezas.

—Hágame el favor, salga de aquí —dijo Miriam, con los ojos entrecerrados por la furia.

Bebí un trago largo y me levanté. Me estreché todo lo que pude para pasar por la puerta sin rozar a la hermana, que seguía allí. Salí al portal, y Adela me siguió.

—Nos vemos en la Terminal —dijo, y cerró la puerta.

La estatua me quedaba de camino. Unos niños de uniforme la miraban detenidamente. En la guagua de regreso sería más difícil aprovechar a Adela. Ella se quedaría en la ciudad, y yo seguiría a mi municipio. De ahí, a saber, cuándo, en qué reunión. Mierda. Otra que Lennon me debía. Decidí bordear el parque y ver cómo se lo contaba a Alberto. Seguro que no me iba a creer. ¿Quién les cree a los talibanes?

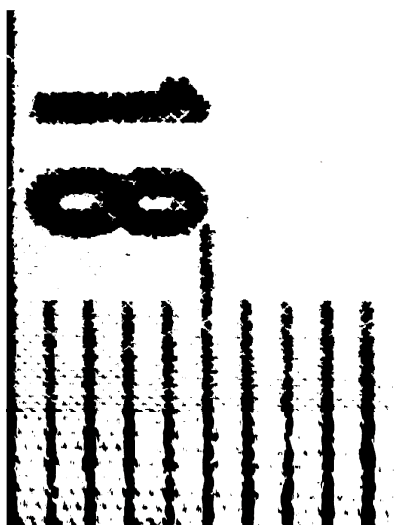
Tres poetas chilenas hoy

Selección e introducción: Juan Manuel Silva Barandica
(Mendoza, 1982)

Las muestras nunca son representativas ni menos pueden expresar la complejidad del tejido del cual se las extrae. La metáfora médica refiere a la búsqueda de una anomalía. En el caso de la poesía es similar, aunque la suma de anomalías construya una suerte de panorama uniforme. Más allá de esto, opté —pensando en una muestra de poesía contemporánea chilena— por estas tres extraordinarias poetas, nacidas durante la década del ochenta, quienes alcanzaron a vivir en la dictadura y han atravesado el confuso proceso de democratización y modernización que Chile ha intentado llevar a cabo (con ciertos éxitos y muchos fracasos) entre 1989 y el año que corre. Son tres voces reconocibles en la escena nacional, con apariciones en antologías, algunos premios y libros publicados. Pero lo esencial, creo, es que son voces en proceso, textualidades que están cambiando y desarrollándose; en resumen: tres poderosos discursos femeninos que, también, cruzan la geografía nacional.

Natalia Figueroa es una poeta serenense —norte chico de Chile— que explora, mediante un lenguaje prosaico y elusivo, torcido entre la memoria y la iluminación, un mundo cotidiano que se desrealiza a través de una conciencia que pregunta y cuestiona el porqué de algunas certezas —como la familia y el hogar— y tópicos —el viaje y la transformación—. Luz Astudillo, en cambio, es una poeta santiaguina —del centro de Chile— que con un timbre líquido navega o vagabundea entre las formas del sueño y de la experiencia diurna sin un punto claro de referencia o siquiera una noción de límite: así despliega un imaginario en el que la trasposición de las entidades del mundo muestra una subjetividad antigua y fluvial. Por último, Yeny Díaz elabora una poesía que pareciese coquetear con la oralidad, pero que también se instala en la representación escritural de las tensiones existentes entre la sensibilidad urbana y el mundo rural, mundo en el que aún se puede escuchar a los muertos a través de una entonación que recuerda las oscuras y tristes letanías del pueblo mapuche. Porque su poesía se instala en la búsqueda de la expresión de un pueblo al que el Estado chileno ha buscado enmudecer.

En un país dividido entre el progresismo y el oscurantismo conservador de la oligarquía católica, tanto la voz de las mujeres (y su verdad) como su poesía son esenciales para romper —lo más rápido posible— un estado de cosas rancio y anacrónico construido a través de un lenguaje retardatario que es incapaz de representar más que la opresión, la explotación y la injusticia.



Luz María Astudillo Ugalde

(Santiago de Chile, 1981)

Escribir para que todo pueda ser dibujado por tu mano,
cuál será el significado del frío.
El deterioro de las palabras
que construyen una habitación
donde imagino lo que piensas bajo el agua,
si sientes frío o retomas el calor
cada vez que te sumerges,
si trasladarse supone el deseo de escape,
de no volver a enseñar a nadie
las cicatrices que puede dejar la espera.
Adelantarse a los acontecimientos
y seguir, pronunciando despacio las pérdidas.
Miedo a la fuerza de la corriente arrastrando tu cuerpo
que deja de ser tu cuerpo dentro de un espacio que desconoces
iniciando las brazadas como cuando empiezas a hablarme
de algo que va a doler.
Pienso en la sincronía, estar en el momento preciso
en cierto lugar y quedarse.
Escribo, pero tu mano todo lo borra,
no sirve desplazar lo nuestro
al papel, ni filtrar solo lo luminoso
entre las piedras acomodadas al fondo del mar
partir supone un riesgo, pareces decir,
el hundimiento está más cerca
solo dejas flotar la duda.
Pero la misma duda te hace seguir,
en el agua se reflejan tus movimientos
y piensas en memorizar bien la forma de respirar
de los peces, para practicarla cuando estés fuera,
donde el frío se podría corresponder con la tristeza
y las imágenes se difuminan ante la posibilidad del silencio.

* * *

Tal vez todo es enfermedad, decías,
las cosas nunca terminan de encajar
en el mundo, los pájaros de papel

no son impermeables a la lluvia
y cuando sale el sol
las pozas se difuminan
como alguien que ya no está.
Tratas de entender el dolor
o dices que tratas de entenderlo,
es breve el tiempo en que tu mano
logra dibujar una sola grieta
sobre la mía.
Las paredes se ensanchan
alrededor nuestro,
la habitación se convierte en una casa
y la quietud en un viaje que desconocemos.

Hundes el pulgar en mi mano,
buscas un pulso que no existe,
que nunca termina de acomodarse adentro,
donde solo llegan las agujas,
los calmantes y su anestesia.
En la inconsciencia disminuyen las posibilidades
de equivocarte,
la reacción tardía del cuerpo
es en realidad una buena manera
de volver a lo olvidado.
Se repite lo que nos cuesta aprender, me dices,
las palabras fuerzan lo imposible.

No puede entrar el aire por esta ventana
el espacio se ha reducido
a un papel borroso,
a mecanismos de defensa aprendidos
por instinto.
Mirar el techo es descubrir heridas
que dejaron de arder,
el viento es atrapado por los cristales
y las mascotas no distinguen el paso del tiempo.
Todo lo confunde el silencio
o el lenguaje.

* * *

Dormir
y escuchar el sonido del mar
es volver a la infancia.
No recordar formas
ni colores,
solo la sensación del agua
entrando por la nariz,
el cuerpo como objeto inanimado
que se rinde
a una fuerza desconocida.

Es difícil distinguir
entre permanecer
o hundirse, solo sientes
la caída
y no luchas
por mantenerte
a flote
adentro de un elemento
que hace inútil
cualquier indicio de paz.

Miro al mar
como se mira
a un animal dormido
que no hay que despertar,
por la posibilidad
de esa sensación asfixiante
que es mi único recuerdo
de los cuatro años.

Pero tus ojos
son húmedos
y en el reflejo
puedo ver
cristales romperse
con la misma violencia
que una ola,

y tus palabras
descansan en la quietud extrema
hasta que reúnen
fuerza suficiente
para la destrucción.

* * *

La primera vez que Bas Jan Ader naufragó tenía diecinueve años, el barco en que viajaba de América hasta Europa encalló en las playas de California y Ader se quedó viviendo ahí por diez años. El día en que dijiste que no podíamos estar juntas lloré, y yo nunca lloro, creo que eso te asustó porque me pediste perdón por mucho rato. Dijiste que tenías pena de que estuviéramos tan atrapadas, pero luego nos quedamos atrapadas por años, como Ader en América.

A los treinta y tres años, Bas Jan Ader se subió a un pequeño velero en el verano de 1975, en Inglaterra, con la intención de atravesar el Océano Atlántico. Después de tres semanas de viaje, se perdió la comunicación con su velero y ocho meses después hallaron la embarcación a la deriva, cerca de las costas irlandesas. El cuerpo de Bas Jan Ader nunca fue encontrado. Escribes diciendo que hace mucho que “no puedes dibujar”, lo que en ti significa algo grave, porque dibujas siempre. Dices que no puedes ni mover las manos, en algún punto todo se quedó ahí, quieto, inmóvil al igual que el cuerpo de Bas Jan Ader en el minuto en que decidió rendirse al mar, en el minuto en que decidimos rendirnos.

Natalia Figueroa

(La Serena, 1983)

Camarines

A mamá no le gustaba
que entrara a los Camarines del gimnasio:
mujeres grandes andan desnudas
tú eres pequeña.

Siempre tuve curiosidad
pero al entrar me sentí incómoda:
hermosas mujeres reían.
Intentando no mirar
deseaba desplante,
dejar mi toalla caer
descubrir mis pechos
comentar insignificancias.
Mirar cuerpos firmes resplandecer contra azulejos
figuras de senos caídos
y grasa abultada.
Y las duchas, ay, las duchas
cuando ciertas mujeres
restregaban la esponja o el jabón
o peor aún sus manos
contra sus partes íntimas.

Me paralizaba.

Volví a casa
repitiéndome la imagen de sus manos
subir y bajar
por esas vaginas
llenas de vello.
Hacían esto con tal naturalidad
que sentía ganas de acercarme
y lavarles cuidadosamente
todos los males del mundo.
Todas tus preguntas.

Qué importa lo que sé
 cómo lo aprendí
 si era de verdad
 lo que dije que era
 ni dónde nací
 mis años, cuándo amé
 por última vez, cuál
 es mi nombre.

M

Ver salir a los pequeños del *sjolio* me recuerda
 cuando esperaba a mi hermana fuera del kinder.
 Era especial reconocernos
 después de semanas de estar en Santiago
 estudiando.
 Su frágil cuerpecito entraba en mis brazos
 que la levantaban y nos llenábamos de besos la cara
 el cuerpo.
 Ella pesaba tan poco.
 Escribía Amo a mi hermana y mi hermana me ama
 y recuerdo cuando mamá cumplió años y escribió Ámame
 mamá. Era cuando aprendía la eme.
 Ahora ha cambiado.
 Cumple quince años, no me invitó a su fiesta
 parece que no entiende mi humor
 se escabulle si quiero abrazarla
 diciendo cosas feas como ojalá no regresaras. Mi padre me ha dicho
 que no sienta pena por cosas de niños, pero no sé
 cómo evitarlo, ahora que paso frente a la escuela
 y llega a mis hombros la ausencia de bracitos de hermana
 como si mi cuerpo deseara
 que volviésemos a aprender la eme.

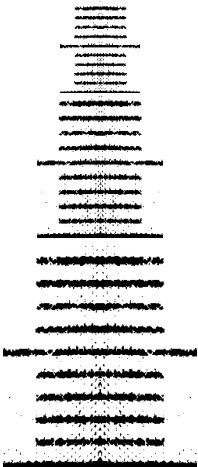
Nano

Lo tuve, y se me murió. Jugué con él: rodó tres veces por el suelo. Debo hacer algo antes de que los carroñeros lleguen. No lo tomé en cuenta cuando al tocarlo en sueños me dijo: “déjame tranquilo”. Y por mí se trizó su concha hasta que fue inútil sellarse, ya que el calor entraba por la abertura y, además, al mover la planta le di el toque de gracia contra una piedra en la que se quedó de lado, sin fuerzas ya para cargarse. Antes disfruté al contar cómo descubrí las costumbres de los caracoles, la manera que tienen de investigar objetos nuevos, sus largos coitos penetrando y dejándose penetrar hasta lanzar y recibir la flecha espiral de calcio.

Su cadáver está sobre mi velador.

Esto es lo que le hice a Nano.

Y tú quieres que me quede contigo.



Yeny Díaz Wentén

(Los Ángeles, 1983)

Canto para espantar al *Wecufe*

Él que viene silbando
como demonio negro
él viene caminado
como demonio negro

Vide venir silbando
como lengua de fuego
vide venir silbando
como pie de veneno

Agárrale la cola
dese demonio negro
vide la gente sola
vide sangre veneno

Demonio dijo negro
vide venir veneno
vide gente de muerta
risa demonio hierro

Vide la vida negra
risa demonio negro
vide gente veneno
como demonio muerto

Como demonio muerto
como demonio muerto

Vide venir la gente
vive sonrisa hierro
vide venir la vi'a
como angelito negro

* * *

Violeta del Carmen Parra Sandoval, 50 años,
 la encontraron herida de bala en la sien, dentro
 de carpa pobre en la calle Serrano.
 Se dice que venía del sur y que era hija
 de una campesina y de un profesor de
 música lleno de vicios. Tuvo hijos, marido
 y amor, pero vagaba guardando música
 y que nunca nunca su corazón se sintió
 querido. De sus hijos se cuenta
 que aburridos de andar con su madre
 deseaban partir lejos de ella.

“La sonrisa es para los contentos”
 decía una vieja por ahí
 no tengo risa,
 solo tristeza y guitarra poseo,
 que Dios no cante
 versos de conmiseración,
 que sola nací
 y sola me vengo.

*Los nombres de las flores se llevan triste, Violeta,
 y la única música que esperamos es la del negro tambor,
 retumba, retumban nuestros pobres corazones,
 venga a cantar un canto al iracundo Señor.*

* * *

Cuando el gallo rojo entona su canto
 y las putitas desprenden su aroma dulce,
 el diablo encendido baila con su
 fuego nocturno llamando a las horas,
 a los días, a nosotros, a nuestra danza sin Dios.
 Cuando el gallo rojo entona su canto
 y los perros ladran amargados,

las señoras prenden velas
 a estos hijos desamados, a los hijos fuera de Dios.
 Cuando el gallo rojo entona su canto
 y el diablo danza, algunos rezan,
 otros maldicen
 a la orilla desta carretera, mi Señor.

* * *

Antenor Casio Sánchez Quintero, 46 años,
 lo pillaron colgado del cerezo
 junto al camino de las Dianas.
 Dicen que sus deudas
 con el cielo eran infinitas
 y su mujer, Toda Vitalia, huyó hacia el norte
 con su hermano Cleofe de la Cruz.

¡Ay, cuando los agarre, Señor!
 les machacaré uno por uno los dedos,
 la lengua les cantará desgracia
 y sus soplos serán masticados por sabandijas.
 La Toda era la más bonita del fundo,
 la muy quebrada hija negra de su madre.
 ¡Oigan mi rabia! ¡Oigan
 a lo lejos los animales de los hombres!

*Dicen que las mujeres infieles nunca pasan por el camino de las Dianas
 porque sienten que las tiran de las piernas.*

La chaycana

Hay una espesura en la distancia de la distancia del cielo
y mi reina en su hoja más pálida esqueleto
baja sus ojos largos a mí,
su habitante resignado.

Y mi reina chaycán señora monte
trae sus aires dentro de mis vísceras
y la distancia de la distancia se abre al cielo
mis párpados para recibirla ligero.

¡Ay! hoja mi chaycana vuela
hoja mi chaycán
abrazo el cielo para ella y la amamanto
de oro como manda mi señora
y la enjuago de piedras colorientas
y de vientos que no se ven por estos desiertos
mi espesura y mi reina
con su vuelo amargo su vuelo.

Hoja mi chaycana sube
hoja mi chaycana va
hoja mi chaycana monte
hoja mi chaycana vuelva.

José Ramón Sánchez (Guantánamo, 1972)

No hay retorno

“De cierto punto no hay retorno” —dijo Kafka—.
Si miras una vez para Oriente,

siempre habrá Oriente para ti.
Ese punto de vista insuperable debe ser alcanzado.

Si sales del Oriente desterrado nunca volverás a alcanzarlo.
Oriente te traspasa pero está más allá.

No en Arabia ni en China.
En el curvo horizonte que sobrepasa todos los meridianos.

La más recta de tus oraciones no se detiene en La Meca.
Si todo es Oriente para ti, no hay retorno.

Se prepara un ataque

Se prepara un ataque a la base naval.

Su objetivo: liberar a los presos
y llevarlos al monte a fundar la guerrilla.

Sus autores: poetas inconscientes de su tiempo,
que no saben que el tiempo no es revolución,

que el tiempo no anda a saltos,
que poetas guerrilleros nunca pueden triunfar.

Se prepara un ataque contra malos poetas
que permiten la poesía en prisión.

Sus autores: condenados a muerte sin apelación.

También es prisionero

El poeta de Gitmo también es prisionero:
puede viajar libremente pero no tiene dinero.

(Durante mucho tiempo no pudo hacerlo
aunque tuviera dinero). A los presos musulmanes

los trajeron a Guantánamo de no sé dónde.
A mí me han llevado, una vez a la Unión,

dos veces a Venezuela. Ni ellos pueden decidir
ni yo tampoco. ¿Quién decide por nosotros?

Nosotros nunca decide, siempre es otro.
Con los poemas de Gitmo

también me convierto en otro.
No quiero ser el nosotros de nadie.



Nanne Timmer
(La Haya, 1971)

Y me dice

Para el zorro Gerard Fieret

Y me dice túmbate,
me dice arrópate.

Y me dice ahora,
ojos abiertos,
desenróllate en ti,
tú a, tú b,
tú etcétera.

Me dice llanto, estrella,
ojos de zorro, y mira,
tú a, tú b, tú etcétera.

Y cuando llegue el otoño,
tú llovida, me dice,
disuélvete.

Y en eso, me dice, tú a,
tú b, tú etcétera,
a la luz de la sombra
pero con lucidez, me dice,
te nombro Gala, Medusa,
o Penélope Zorrita, tú a,
tú, etcétera.

De madre

Mijn moeder mi madre
 meine Mutti, my mom,
 a minha mãe faz coisas de mãe
 cosas de madre hace mi madre
 coisas de mãe faz mi mother moeder mãe.

yo cosas de filha, cosas de hija,
 daughter, dochterdingen die ik dans
 en ella, zij, me mira, me toca, me ve.
 Las cosas de madre están de madre,
 y yo, muy padre, de dochterdingen die ik doe.

¿Y ahora, mutti moedertje mãe?
 la mama moeder die niets zeggen wou
 le abrí la boca a mi mãezinha,
 my mother me rajó en dos
 la lengua, con beide handen,
 mi ella su yo, y saya sangrante.

Lengua rajada sin lengua madre,
 ¡Madre, mi lengua! ¡Mi lengua, madre!

Escupiendo patas, esculpiendo matas.
 Estar estando. Mirar mirando
 buscando patria, buscando matria,
 y mãezinha buscando vuelo,
 corriendo como una liebre,
 escucho la puerta y se va.
 Yo me diría: ay mi madre,
 ya que mijn moeder me meestal mijdt.

Tengo una madre más grande que un army
 una madre arroz blanco maar dan als boerenkool,
 retorciéndose ella y me pregunto si
 tupi or not tupi, y me respondo sí.

Dobleces

Cuando el doble papagayo
dos veces me habla,
me dice dos veces dos,
tres veces veintisiete,
me veo doble en su mirada

y veo doblemente problemático
que me parta en dos, de nuevo,
dos, dos.

Me tuerce la mente
me saca la frente
me come la piel

entre ceja y ceja
me encaja ideas como
papeles doblados
dos veces dos
tres veces veintisiete
y que repita
con él, así:
dos veces dos
tres veces veintisiete

doble papagayo
persuade e insiste,

si yo no fuera tan
cabronamente terca, vería
lo innegablemente cierto:
el tres, ya sabes:

dos veces menos uno
igual a veintisiete,
punto aparte y amén.

Te transformas tú

Yo voy provocando
presente

renglón tras renglón
van cayendo
las palabras de vidrio
y te transformas tú

Yo voy provocando
presente

te transformas tú
en pared del pensar roto
en pared del veneno cemento
en pared de gloriosas hazañas

Yo voy provocando
presente

te transformas tú
en pared del ayer
en pared del pasado
en pared del jamás

Fin de la historia.

Este poema ya no existe

Aquí antes ponía algo de un jamás,
algo de una voz en off y una noche afuera,
de unos dedos atravesando por un
texto sin perdón. Palabras sin mucho fondo
pero con mucha intención. Yo hice zas
como si nada. Zas para olvidar, porque
la escritura, dicen, es el arte de borrar.

Existencia a dos

yo también la fuerzo,
¿sabrás, poeta?, en pasos
dubitativos y con miedo:

quick
step
slow

ser o no ser
that's the question

ser, y ver lo que viene
con nuevos pasos cautelosos,
en lo que observo una calle
en diagonal, un cruce de
caminos, una antorcha, y
a un hombre que tiene frío
en las pestañas, como yo.

todo
es carne degollada, dice,
yo añado ausencias y
puto pollo frito, añoranzas,
muertes, hospitales,
y él la humedad, la jeringuilla
el sistema, y los dos
la boca de la noche, otra vez.

un puente, un trago,
y después

hipo, ¿cómo no?

Bárbara Wapnarsky (Buenos Aires, 1983)

Armonía

“La primera forma de la esperanza es el miedo,
el primer semblante de lo nuevo, el espanto”.
GEORGE BATAILLE, *El erotismo*.

Me encontré guita. Después fui a lo de Gonzalo y me miré en el espejo de su baño. Tenía una parte picada con gris de espejo gastado, roto. En esa parte, no me veía la pera. Gonzalo quiso entrar y yo dije “ocupado” pero estábamos solos en la casa. “¿Querés cojer conmigo?”. “No”, me dijo. Hice caca. Quise abrir la ventanita para que se fuera el olor pero no se podía así que le rompí el vidrio. “¿Pasa algo?”. “¿Querés cojer conmigo en el piso?”. Dijo que no. Me subí el pantalón en la cocina por si se arrepentía. La plata que había dejado en la mesa no estaba. Me ofreció *Coca Cola*. El pico de la botella estaba roto y cuando la guardamos había un poco de sangre. Me preguntó si estaba menstruando. Le dije que no sabía, que se fijara.

En el bolsillo de mi pantalón había plata para un sánguche de jamón y queso. En el supermercado abrí una bolsa de jabón de ropa y lo inhalé. El subidón me dejó rara. Lo bueno se fue rápido. Después me quedé solo dura. Gonzalo había venido al supermercado también. Quería cojer conmigo. Corrí las cortinas de plástico de la carnicería y le pegué con unas patas de chanco en la cara para excitarlo. “¿Qué hacés, boluda?”, me dijo y se guardó la pija. “Estás re pasta de dientes”, le dije. Se calentó. “Sos una boluda”. “Boluda, sí, pero no tuya... boluda mía”. “Bueno, ¿comiste?”. “No”, le dije. “Si estás re gorda”. “¿Y eso qué tiene que ver?”. “¿Viniste a comprar comida?”. “No, vine a comprar algo de treinta pesos, me parece que voy a comprar un insecticida y algodón”. “¿Por qué te gusta tanto el insecticida?”. “Porque lo siento en el huesito este de la frente”.

Me gustaba que Gonzalo no tuviese un brazo porque no podía defenderse bien. A él le robaban más seguido. Aparte, caminaba con un saltito. Yo siempre le decía que le faltaba un brazo, no una pierna y él me tiraba de la oreja. Me tiraba fuerte de la oreja. Una vez nos peleamos por eso. Él decía que yo tenía las orejas sucias pero en realidad no me

las limpiaba porque el ruido de las máquinas hacía muy mal a la cabeza. No quería quedarme sorda. Él me preguntaba para qué quería escuchar y yo le decía “¿qué?” y ahí sí se calentaba. Era lo mismo... si no quería escuchar, tampoco tenía que limpiarme las orejas ni hacer nada sobre las orejas. Mejor que no pensara en las orejas. Mejor que pensara en los tobillos. Si no me ponía medias altas y gruesas, me picaban unos bichos de infección y ahí sí que podía perder la pierna yo. Andaban a ras del suelo y saltaban bajito. Los zapatos no los atravesaban pero mucha gente estaba enferma por esos bichos de infección, que eran lindos. Tenían antenas rojas con una pelota amarilla en la punta. Los chicos los querían tocar. Muchos chicos perdieron la mano y a Gonzalo tardaron mucho en llevarlo al médico.

Las máquinas zumbaban todo el día. De día y de noche, las máquinas y el agua que alimentaba a las máquinas hacían un ruido de lluvia constante. Cuando me despertaba, siempre pensaba que llovía pero eran las máquinas. Después me di cuenta de que, si no se escuchaban los rebotes de las gotas de lluvia en las chapas del patio, el ruido era de las máquinas. Las máquinas tapaban todo pero como yo estaba con mucha cera en la oreja y como las máquinas estaban siempre, a toda hora, yo no prestaba tanta atención a las máquinas. Igual, cuando no se escuchaban las máquinas ni el agua que alimentaba a las máquinas, se escuchaban los gritos de dolor de Maruja. Estaba muy enferma y no había calmantes.

Después encontré guita de nuevo. Capaz era de alguien. Gonzalo se había ido al puente del arroyo negro. Se me había pasado el hambre y no tenía dónde guardar el sánduche de jamón y queso. Lo enterré en el patio para que no me lo robaran. Con unas chapas marqué el lugar para no olvidarlo. Al otro día no estaba. Salté la pared y me metí en lo de Maruja. Le pregunté por qué se había comido mi sánduche. Se empezó a quejar. Le dije que no se hiciera la enferma y que me lo devolviera. Me trató de lesbiana. Le mostré la concha. Se quejó más alto y vinieron los hijos. Uno quería cojer conmigo. Le dije que prefería cojerme a Gonzalo muerto. Se rieron salpicando migas y pedazos de fiambre. Les rompí la ventana y me fui.

* * *

Suena el despertador. Con Dione siempre tardamos en levantarnos pero por distintos motivos. A ella le gusta quedarse en la cama con los ojos abiertos. Cuando la veo haciendo eso, le pregunto qué hace y me dice que está mirando el techo. Le pregunto qué hay y me dice

que no se ve bien, que la pintura se está cayendo arriba de nosotras, que podríamos estar comiendo pintura sin darnos cuenta mientras dormimos, que la pintura es tóxica. Después me pregunta qué hago yo y le digo que la estoy mirando (mientras veo su boca blanca) y también le digo que está llena de pintura y se va a morir. Entonces se ríe y yo le digo que si se ríe mucho se va a morir más rápido, que aguante. Igual yo siempre abro los ojos después que ella. No puedo despertarme porque en el sueño me dicen que no es real que tenga que levantarme o parece que el que me dice que tengo que levantarme no existe y, si existe, me engaña o desconoce que está equivocado. La voz del sueño es, principalmente, la voz de Gonzalo. A veces está él con su cara y otras veces es otra cara en su cuerpo deforme de un brazo. Los trucos de Gonzalo puedo reconocerlos hasta cuando duermo. Por ejemplo, hoy estaba soñando que me hacían un tatuaje y me dolía mucho. Entonces, cuando suena la alarma, le digo al tatuador que, si va a doler tanto, prefiero hacerme el tatuaje de verdad, despierta. Él, ya completamente convertido en Gonzalo, me dice que peor que hacerse un tatuaje dormido es que te tatúen media pija.

Es sábado, nueve de la mañana y el despertador sigue sonando. “¡Quién fue el hijo de puta que puso el despertador?”, digo, como si hubiese más gente en nuestra pieza. “Los hombres”, dice Dione. Es cierto. Inventaron todo: las máquinas, el trabajo, el fin de semana y los relojes. “¡Qué hijos de puta!”, dice Dione. “¡Qué hijo de puta!”, digo yo pensando en el tatuador y en Gonzalo. Dione es ingeniera industrial pero no ejerce. Sabe diseñar sistemas y circuitos de producción para las máquinas. Sabe administrar y gerenciar las máquinas. También sabe hacer objetos y los hace. En casa tiene su pequeño laboratorio o taller. Ella prefiere decirle taller porque hay más herramientas mecánicas que material de laboratorio. Dione me gusta porque sabe crear objetos y crear objetos nuevos es como inventar un mundo.

Cuando tenemos hambre, salimos a robar. A veces vamos juntas y otras veces nos turnamos. Por lo general, les robamos a los tipos que nos quieren levantar en la calle. También aprovechamos la oportunidad que se nos da con otra gente que no nos interesa. A Gonzalo le robé varias veces antes de dejarlo. A los hijos de Maruja les robé cosas de la heladera. Les revolví la casa varias veces. Es que robar es lo que más nos aleja de las máquinas. Robar no es violento. Matar no es violento. Siempre había pensado que para que las cosas cambiaran, el miedo tenía que adquirir una forma nueva. Dione dice

que no hay otra manera, mientras inspecciona sus herramientas sobre la mesa de trabajo. “La moladora sirve para pulir lo áspero, sirve para emparejar”, me dice. Además, es una máquina. La moladora es una máquina intermedia. Ella siempre está pensando: “La forma nueva tiene que reinventarse en lo viejo”. Por ejemplo, esta moladora. Tiene una parte que es más como el cuerpo de la moladora, después tiene una manija de donde agarrarla y una parte más exterior donde se coloca la sierra desmontable. “¿Y hasta dónde puede abrirse la moladora?”, me pregunta, mientras empieza a desatornillar. “Tiene una interioridad de cables y tornillos, todo está sujeto”. Después me pregunta qué más hay y yo miro adentro de la carcasa y no encuentro otra cosa. “Donde entra una pija, siempre hay una, y pijas hay de todos los tamaños”, dice con un tono grave. Como la forma es muy difícil de modificar, probamos invertir el contenido. Es lo más inmediato que se nos ocurrió.

* * *

Hoy tuve ganas de mirar algo lindo. Después entendí que lo lindo era cuando Gonzalo me acariciaba la oreja en la parte gordita o cuando iluminábamos con linternas debajo de la mesa y veíamos dibujos de plata en los pegotes de moco que había dejado su abuelo. Su abuelo ya no estaba, así que era materia orgánica de un muerto. Una vez hasta descubrimos una palabra plateada: “Misericordia”. Nos reímos mucho porque su abuelo había estado enfermo, postrado en la cama por dos años. Supongo que lo lindo no debería causar risa o que la belleza real no debería entenderse de forma tan clara y reírse es entender algo.

El problema es que pensé mucho y me di cuenta de que lo que estaba viendo no era para nada lindo y por eso tenía ganas de ver otra cosa. El barrio es grande y prefiero quedarme acá con Gonzalo o con Dione. Me da exactamente igual a veces. Esta mañana me vi más grande en el espejo, de treinti. Tenía una arruga que me cruzaba la mitad del pómulo, una marca de la sábana que me avejentaba. Me toqué la cara mientras pensaba esto y la arruga seguía ahí, tenía relieve. Igual lo que tiene más relieve siempre es la nariz y la mía es grande, recta y con un abultamiento en el tabique; también le dicen tabique roto aunque no esté roto. Hay cosas feas que también son lindas porque son algo confusas o porque están enterradas y se ven poco. Mi nariz no está enterrada, todo lo contrario.

El hijo de Maruja se está poniendo lindo. Adelgaza rápido, más de lo normal. Es porque está enfermo y ahora Maruja lo tiene que atender a él. Eso parece haberla curado porque ya no se escuchan sus lamentos a la madrugada. Su hijo anda mal de un riñón porque se lo estropeó tomando alcohol. Es lindo que una bebida te destruya. Es lindo repetir una rutina que te destruye y ver los efectos en el cuerpo; eso acelera el tiempo de la vida y es un efecto claro y contundente de uno mismo sobre algo y mejor si es sobre uno. Es como recuperar el poder. Cada tanto viene una mujer grande a hacerle masajes pero siempre se va gritando porque él intenta darle un beso. Se debe sentir poderoso por la enfermedad. Tuve que intervenir un par de veces y pegarle para que la soltara. Como si fuera algo milagroso, miré el piso y encontré plata en un billete de cinco pesos. ¿Para qué lo quería ahora? Capaz hubiese sido más lindo un billete de menor valor. Ir de lo abstracto a lo concreto es como enriquecerse.

* * *

A Gonzalo lo conocí en una fiesta. El pofi te dejaba pasarla bien y en esa época Gonzalo era Gonzalo, así con toda su cara y gestos de Gonzalo. Después dejó de gustarme. Dione me había pedido que besara a Gonzalo a cambio de unos pofis y yo me negué pero después de pagar el primero muy caro y ver que el trance estaba bien, lo hice. Era un beso, dos segundos. No lo dejé meterme la lengua. Él no se enojó ni se sintió estafado porque pudo revolverme el pelo. Tenía un solo brazo y todo lo que pudiera hacer con él era torpe y descalibrado. En un momento fue medio bruto pero eso no era tan malo al lado de un beso de lengua suyo.

Dione se había quedado con ganas de besar más. Cuando tenía ganas, se agarraba a cualquiera. Besar al que le podía dar un poco de droga era mejor que besar a cualquiera, pero al amigo de Gonzalo ella no le gustó mucho y se había llevado la droga. Dione nos miraba apoyada contra una columna del boliche mientras chupaba un llavero de peluche. Ahí la conoció a Jimena. Parece que las llaves eran suyas; Dione las había levantado del piso y no se las quería devolver. Jimena le pegó una trompada y el boliche se vació rápido pero nunca apagaron la música. Se escuchaba un techno horrible, que sonaba como una orquesta de hombres con martillos que era tapada cada vez más por unos rodillos con cadenas que chocaban con otras al doblar en la U del circuito. Yo quería separarlas pero la música que habían hecho los hombres tenía la fuerza de la máquina y no me dejaba bajar.

Después, en la vereda, las tres nos hicimos amigas. Me tiré en un cantero con rejas que tenía una planta seca. El pasto era verde como la droga. Le pedí a Gonzalo que consiguiera más para el otro día pero Jimena dijo que ella se ocuparía de todo. Gonzalo se sintió amenazado y nos llevó a su casa. Quería mostrarnos que no era solamente un buen proveedor: Cuando se nos fue el efecto de los pofis, Gonzalo nos hizo agachar la cabeza con las piernas bien estiradas y nos dio dos sacudones para abajo presionando la nuca, como si nuestro cuerpo fuera una bomba. Cuando nos levantamos, estábamos otra vez voladas. Fue lindo, como una gimnasia circulatoria que recuperó algún residuo de la sustancia que había quedado en el cuerpo. Ese fue el día en que Dione decidió estudiar ingeniería. Era ideal no depender más de Gonzalo.



Violeta Kesselman

(Buenos Aires, 1983)

A

El zumbido había dicho: bzzz... La existencia de alguien que no quiere ceder un ápice de su vida individual en pos de un esfuerzo colectivo. Pero debería haber dicho: bzzzzzzzzzz... alarma, contradicción. Risas. Risds. Ridsds. Sonaba, en abstracto, a armar, en medio de provincia, un koljós, a colectivizar a golpes una casa de familia tipo. Había locos, en los diarios más caros, que pensaban esto mismo y escribían: fascistas, Mussolini terminó en Milán, de los talones en Milán, y armaban la frase capicúa para que la suerte, que rueda y vuela, los mirara a la cara de nuevo. Era, en concreto, otra cosa. Uno era propietario de un solo ítem: un poco de tiempo. No la banalidad con ínfulas cósmicas, cierta por otro lado, de decir que solo se disponía de una infinitesimal fracción de horas sobre la Tierra en las que el dulce viento acariciaba la cara con los dedos tibios antes de que el cuerpo quedara mudo. Además de eso, y de un modo palpabilísimo, se era propietario tal vez de una fracción del día, por fuera de la reproducción de la tribu, el dormir soñando capaz nada, un sueño sin imagen y sin mensaje, una frase en sílabas que no existían en ninguna lengua, indecodificables, o por el contrario un sueño lleno de sentido, que permitía resolver en unas pocas escenas el conflicto presente y el conflicto futuro de una vida en particular. Una fracción de tiempo para comer, o destruirse el hígado. Una fracción para absorber cosas escritas por otros, concentrado o desconcentrado, queriendo u obligado, atento al primer ruido de la puerta, con tanto sueño que las letras comienzan a ablandarse delante de los ojos. Una fracción para viajar por ejemplo en un colectivo de la línea Oeste comiéndose las cutículas y pensando en lo bien hecho y en lo mal hecho, en lo por hacer apenas se pusiera el pie en la parada de llegada... Bzzzzz... Bzzzzz... En las minas de carbón inglesas los trabajadores solo eran propietarios de su prole. En provincia se intentaba entregar a los hijos a alguna instalación estatal para que la madre, guardando dentro de la remera la teta, pudiera ser reinsertada de nuevo en el ciclo económico. Un poco de ese tiempo había que reconvertirlo como energía colectiva no disipada. Lo único que se podía dejar de tener era lo único que verdaderamente se tenía.

* * *

Una ventanilla, sucia, a través de la cual se ve un árbol, quizás dos, hojas grises que se entremezclan con las amarillas, se habían atrasado en morir, ahora todavía boquean mientras las otras ya están muertas. Un ojo irracional prefiere mirar la costura dorada que arma en el cielo una formación de lluvia y viento cuyo origen es imposible de descifrar y cuya visión constituye un puro placer contemplativo. Dos puntos conforman, si

tienen al menos un punto, infinitésimo, en común, el ámbito mínimo. Puntualmente, determinan un punto de la organización desplazándose por la calle o la autopista o parado titilante en una estación de servicio esperando, titilante, a que se desocupe el baño, yendo al encuentro de otros puntos de la organización en el medio de todo lo que no es su organización. Esa afinidad, que en otros puntos surge de lo íntimo, de la personalidad, de algo irreductible, en este caso nace, por el contrario, de una característica a-personal, colectiva, la línea macerada, ajustada, tensada y armonizada, un largo sintagma murmurado y parecido a lo que, se dice, se escuchaba antes en los cables de teléfono que cruzaban de punta a punta, y se escucha ahora en los celulares que dejan, estridentes pero indeferenciadas, salir las voces de los que dicen del otro lado, por ejemplo, llego tarde. Pedazos de conversaciones superpuestas unas sobre otras, datos que importan, otros datos, noticias negativas, discusiones domésticas, maldades, diálogos casi en clave, una broma sobre el líder, convocatorias a reuniones en las cuales se iba a decir lo que no se podía decir por teléfono, materiales frescos para que los servicios escuchan y desgraben en cualquier medio amarillo: como la superposición de todo eso se escuchaba la línea replicada a lo largo y a lo ancho, una discusión que dice que hay que transmitir ideología que no tenga por horizonte el Estado, ni una ventanilla administrativa sin poder de firma con un caloventor desenchufado, a los gérmenes de aparato hay que darle una anchoa en el desierto; otra discusión que dice que la izquierda de nuestro partido es extemporáneo, si alguien viera vería a quien lo reprocha caminando como un tigre por la plaza de una ciudad chiquita y aislada.

* * *

Cualquier construcción política que se preciara se preciaba de evitar toda acción cuando la acción no aseguraba la victoria frente al enemigo. La perseverancia de lo durable era ventajosa. El hombre organizaba la profusión en un tiempo de estampida, tal como el sueño transformaba en ovillo el hilo enmarañado del día. El coeficiente de olvido era inexorable: apenas muere una persona es recordada nítida y ese coeficiente de olvido es cero, los vivos llevan del muerto en la cabeza una herida que supura, pero generación tras generación ese recuerdo se borra, la imposibilidad inmediata de olvidarse se ve negativizada por otra verdad, el tiempo memorioso es el tiempo destructor, el muerto es signos, anécdotas transmitidas por segundas o terceras fuentes que cambian la leyenda y los atributos, el tiempo no licúa, confirma, el muerto es solo una imagen en una foto, el tiempo no corre, sedimenta, después esa foto ya no importa y se pierde, después el muerto ya no existe para nadie. El recuerdo de las masas era propicio y única garantía de seguir vivo vivo, fantasmagórico, casi crístico, en medio de los que caminaban por el centro sin saber nada de nada, en miles que llevaban proyectada una misma imagen detrás de los ojos.

* * *

De la imaginación, nada, todo de la realidad. La incapacidad completa de recrear, del lado de adentro de la mente, cualquier cosa que no haya tenido primero una huella del lado de afuera, en el sector de las cosas que se perciben. La estación de servicio de su nuevo enemigo, el Estado nacional; la enemistad no permite concentrarse. Planean un manotazo. El jamón y el queso, saladísimos, una alarma, los despierta. En el extremo del sueño los músculos son dulces, reblandecidos por el ácido láctico. El resto de los sentidos está agudizado. A esa altura del kilómetro lo que se ve es concentradamente rural. Hace mal lo feo que es el día. Pasa un perro chuzado por otros. El aire sigue gélido en la tarde como en la madrugada, el sol degradado llega sin fuerza a la superficie de las cosas, un mero testimonio de que el universo gira y de que un día tiene que venir después del otro. Pasa una moto con un padre, un hijo y una madre. En las sillas más incómodas de provincia, que remuerden la conciencia de quien las usa, un lápiz dibuja la lógica de la izquierda y la derecha en una servilleta plástica, que raspa el espacio delicado entre la nariz y la boca. Todos son sospechosos en ese distrito de derechistas. En la televisión baila un hombre disfrazado de tostada, un hombre baila disfrazado de tostada, un hombre disfrazado de tostada baila, disfrazado de tostada un hombre baila, una marca local de sillas, están del lado de adentro, falta poco.

* * *

Un gusano cortado, casi humano, que de tan gordo emana sangre, cuando él clavó la pala en la zanja, de manera completamente textual, no, literal, y dijo: esto es lo mío, o: esto no es lo mío. Qué dijo, nadie estaba escuchándolo, nadie estaba escuchándose. Eran diecisiete personas con palas de punta que horadaban el barro pregnantísimo, casi fecal. No era viento, una especie de brisa podría ser, pero húmeda y fría, desajustada, que buscaba adentro de la boca la carie sin curar o el diente mal arreglado y hacía retorcer el nervio que los sostenía. Era viento, pero no llevaba palabras discretas, inteligibles una contra la otra, sino un gran vocerío cercano al idioma materno que hacía creer, al que oía, que un accidente cerebral le había prendido fuego el centro de comprensión y producción del lenguaje. Era viento, dulce pero helado, un poco inconducente. Largas tiradas de consejos de generales chinos, de sabios chinos, de chinos del chino, que explicaban la forma de hacer la guerra, de conducir los carros, de guiar las personas a través de una zanja. Enfrentado a nuevos problemas lógicos el cuerpo asume nuevas posiciones físicas, una manera transformada de escuchar con atención, de horadarse con una uña la encía para mover dulcemente el colmillo afectado, emana su bilis, deja de doler.

Emilio Jurado Naón

(Buenos Aires, 1989)

El puente

Y uno puede estar así, no, no, no se entiende nada.

Pero uno puede ir así, caminar, caminar, ir recordando; nada.

Que un pie siga al anterior se vuelve un simple método para perpetuar el tránsito, movimiento por las calles. Las veredas se estrechan (son, fueron estrechas) en el centro de Buenos Aires, todo el mundo lo sabe... pero cuando de repente *se sabe*, entonces *es otra cosa*. Cuando la humedad asume su verdadera forma, no solo las nubes pasan a mezclar pesados y turbios grises en el cielo sino que también las baldosas, los adoquines y los parches de asfalto que enmiendan baches en la calle brillan resplandores enfermizos —que hacen pensar en aquella frase: “le brotaba en la frente un sudor frío”. Se oían todavía sirenas de policía. ¿Habríamos sentido el azul de las luces castigarnos la espalda? Si lo sentí, me olvidé. Íbamos a la par con el tío Roca, a veces. Porque —*como se sabe*— las veredas son (eran) estrechas en esa parte microcéntrica del centro; debíamos esquivar la doble fila de transeúntes, saltar del cordón a la calle y de la calle de vuelta al cordón sin hacernos estrolar por un taxímetro, moto, colectivo o auto particular. Esquivando íbamos.

Pedro, reconcentrado, mascaba un palito entre las barbas. Yo casi siempre quedaba atrás, también distraído. Dolía todavía la pierna izquierda: medio la arrastraba, tanteaba las superficies con temor a la baldosa floja escupidora de mugre. ¡Me preocupaba mancharme el pantalón! La luz de faroles encendía destellos de garúa en los parabrisas. No había más olor a caucho prendido. Cuatro cuadras habríamos hecho y ya la nueva avenida adonde desembocábamos no exhibía rastros de la refriega: nada de tiros ni gritos agrios, nada de drones de caza ni cuerpos al refugio engañoso del zaguán de edificio. Solo gente desplazándose con el apuro del más cualquier oficinismo porteño. Así estábamos.

En la esquina, parados, nos rodeaba una efervescencia de motores. Esperábamos un semáforo que dejara de titilar. Tal vez no, no sé. Pedro por’ái estuviese atento a algún cartel luminoso: le impresionaba la fidelidad de imagen de algunas planchas led, el dramatismo de la imagen, su peso de realidad neta lo embobaban. El sobrino citado, en cambio, (yo) ¿qué hacía? Revolvía en la mochila los papeles. Habré

sustraído uno del fondo que, entre arrugas y mugre, tuviera escrito cosas recientes, pueriles, redundantes, como esta:

Los rasgos se le violentaban, como cuando algún sobrino despedido lo llamaba por su nombre de bautismo —al que había renunciado luego de pasar por la Colimba— y él saltaba sobre el incauto armado de una caña descosida para corregirlo mientras recitaba en falsete: “¡Terancio Menhir, desde ahora y para siempre!, ifirme y elegante como una runa céltica!”

¿Qué era eso? ¿Qué es una “caña descosida” y por qué sería “firme y elegante” una “runa céltica”? Un sabor a café mal digerido me tanteó el esófago con toda la intención de volverse efluvio, reflujo. Abollé una hoja de carpeta y la sacrifiqué al aura podrida de un tacho. Enervado por la humedad y el olor a ozono que surgía de las placas de cemento, no me sentía propio. Todo era *destino* en esa época; equivocarse de destino podía resultar humillante en extremo. ¿Quién me había aconsejado el personaje de escriba? Nadie. ¿Quién escribía? ¿Para qué? Yo no me preguntaba esas cosas, nada más respiraba dificultoso (un silbido escuálido convertía en quena mi nariz) y seguía descargando papeles en el tacho de la esquina.

—Pero no las tirés... ¿Eh..? —suspiró Pedro al mirarme—. *Mi* sobrino —epilogó imprimiendo un afeminamiento de tono en el pronombre.

Se llevó los dedos a la boca, tomó el escarbadiantes húmedo, chato, hecho hilachas, se me apoyó con ligereza en el hombro e impulsó el palito con un golpe de uña hacia la boca del tacho, en cuyo borde rebotó antes de caer, silencioso, con mis ex-papeles, que se oscurecían entre latas, puchos, yerba, sobras y el resto residual.

Cruzamos la avenida y, a paso lento, seguimos camino. Él me palmeaba la espalda, me cargaba la mochila, escarbaba entre los papeles con una curiosidad, a mi juicio, impostada: adulación falsa para levantarme el ánimo pero que terminaba siendo contraproducente. Así de crítico se desenvolvía, por esos días, el humo de mi humor.

No lo veía desde hacía una década y, sin embargo, la cadencia singular de sus gestos y palabras me llegaba como de primera mano: una naturaleza conocida ya. Era caminar por el pasillo que va de la sala al cuarto y ver la biblioteca que siempre estuvo como si recién la hubiesen puesto ahí.

“tanbien sos roca”, decía el mensaje que me había llegado, de un número que ignoraba, un par de semanas atrás. Al no recibir respuesta, los mensajes se habían repetido con insistencia hasta que el oculto remitente me preguntó directo por mi madre —que cómo estaba; qué sabía de la anemia crónica que la sitiaba; que qué lástima;

que cuándo nos podríamos ver. Le volví a preguntar quién era: “Pablo Picasso”, me respondió; “serrúchate el ano”, le dije y bloqueé el número. Asumí que era el ex-esposo de una de mis tías, al que el paso de los años dentro de la Familia Grande lo había evidenciado como hombre de carácter marcadamente mitomaníaco, paranoico, psicópata y abusador (en ese orden se habían producido las revelaciones). Por entonces, pensé, se habría quedado sin víctimas entre las primas de mi edad y se estaría descargando la vena conmigo, uno de los masculinos con mayor fragilidad de espíritu en la Familia Grande. Pero no, al instante recibí un correo electrónico que planteaba el asunto —“somos roca”— y delataba, por la dirección, que era Pedro. Me pedía juntarnos: fecha, lugar y hora.

Fecha, lugar y hora. Fecha. Lugar y hora. Fecha y hora; lugar. Hora: 00:30 hs. Fecha: Allá por los diez años ya cantaba. Lugar: Ciudad Carlos Spegazzini, partido de Ezeiza, centro-sur de Provincia de Buenos Aires. Pero no el terreno en sí, no, no el de pasto y barro y bosta de caballo, sino el plano, de quebradizo y terso papel de calcar. Hora: Por mucho habíamos transgredido el tiempo de acostarnos; crecía oscura la presencia del ventiluz, por la ventana, el edificio de enfrente cerraba el cielo y apenas flameaban tres cuadrados amarillos en la medianera; adentro, la pantalla del velador destilaba una pátina ocre sobre las cortinas de pana verde y dejaba poco más para el resto de los rincones, excepto la mesa de comedor cuya lámpara producía un contraste cenital de sombras rectas escupidas en plancha contra las paredes. Lugar: Departamento de tres ambientes, baño y cocina práctica; última propiedad de Papá Marcos —“Que en paz percance”, solía decir él mismo acerca de sus más viejas y ultimadas amistades, en trance de volverse tierra—, lugar adonde se había mudado Tita, lugar donde los herederos se habían reunido en torno, lugar en donde Pedro había desplegado el plano, lugar en donde el campo familiar exprimía sus líneas y proporciones, lugar que el dedo de Pedro recorría para diagramar partes y contrapartes, distribuir, hacer cuentas en el aire, convencer, negociar, hacer como quien se deja convencer, gesticular —obvio—, obviar sin odio, odiarse los hermanos se odian hacen las paces y plastifican un acuerdo enclenque sobre la tranquera del terreno que muchos conocían pero hacía tiempo habían dejado de visitar, lugar en donde Pedro había trashumado pensativo y matemático sus últimos, hasta ese entonces, tres años de adultez en búsqueda de la producción y el excedente, el rendimiento excelente, o la venta, por qué no, la venta que hiciera el órdago de él, suyo, y el de sus hermanos, o no: tal vez de él suyo nomás, suyo solo —estaba

en duda. Fecha: La que bordea el cambio de milenio, la que flaqueó y estuvo a punto de derrumbarse pero siguió, semierguida, hierática, estrafalaria en un andar rengó —hasta ahí la prosopopeya. Los dos mil eran la fecha, periodo más o menos hasta el cual yo, como niño, conservé una cierta cercanía autónoma a la familia chica; luego —a partir de esa época epocal— me fui, fuimos, con mi madre y hermanito —“familia mínima”, dirían—, desvinculándonos de a poco, poco poquito, cada vez menos vistos con tíos, tías, primos, primas y sucedáneos. Quiénes: aquellas caras máscaras sobre las que estallaba la luz eléctrica del lamparón, rebotando contra el plano y trazando con grafito los rasgos faciales; ronda de improperios al oportunista (que era Pedro), el mayor, quien se había puesto al hombro la cuestión del campo, de la herencia del capital común, consistente ni más ni menos que en una tierra espuria, improductiva, invendible, atravesada media parte por un tendido de cables telefónicos, un terreno deprimido con lagunas espontáneas que hacían de baño ideal a patos intoxicados y un caballo tieso que salvaba con esfuerzo los tramos entre camino y casco de estancia —ah, y una vaca había, irritable por la falta de ordeño, también gallinas cimarronas y el espíritu de la desidia que se arrastraba entre cardos en flor y fantasiosos nidos de tero; tintineaba su cencerro el fantasma, ¡Papalilo, se llamaba! Pedro Roca era el campo, también, en algún sentido, Spegazzini, porque ahí había vivido un invierno de su adolescencia tardía, paréntesis posterior a su primer divorcio, solitario a pesar de haber arrastrado algunos primos vagos tras de sí a que durmieran en colchones sin sábanas y redujeran arduas garrafas de ginebra; él se paraba antes del amanecer y seguía con los dedos de los pies la grava del sendero que lo conducía hasta la alambrada a fumar y ser testigo idóneo de la gestación de la bruma; pensaba en cero, retorció entre los dedos un par de puchos para más tarde, y sufría los pellizcos de abrojos que había recolectado entre las piernas peludas y los bordes del bóxer. Al rato Pedro pateaba la carne blanda de sus primos menores, abría postigos con vehemencia, los obligaba a despertarse los ojos con el agua metálica del abrevadero y a repetir bajo la resolana una rutina de muecas faciales que él mismo había diseñado contra el entumecimiento de maxilares que la cocaína —así aseguraba— les produciría a largo plazo. Después baleaban un pato al azar y lo desplumaba siempre Marcos (sobrino de Marquitos) a quien tenían de punto porque de lo culinario no sabía nada: “¿Quién *marcosdespluma*?”, preguntaban reiterativos y autocelebratorios —carcajeaban cortando el pan, repartiendo fichas de morcilla fría y un fontina endurecido por el relente. Y allá

iba Marcos de vuelta a pasparse las manos —tan delicadas su piel y él—, a pincharse con las plumas y añorar un pastel de papa casero que su mamá bien podría haber estado cocinando por entonces, cubierta a resguardo, en la capital, de ladrillos, cemento, concreto y calefacción a gas. Era sedoso, igual, el plumón del pato: Marcos (h.) peinaba las plumas marronas? con el agua de la palangana y con eso sustituía el juguete ausente. “¿Cuántos años tenés?”, lo cargaban; pero era verdadera la pregunta, ellos, sus primos lejanos, no sabían los años de Marcos, porque siempre pareció más grande —hasta que abriese la boca... Abría la boca de palangana para contestar, con el pato pelado a medias, pero la queja apenas puchereaba: ya Pedro los ignoraba a él y su faena, y en cambio iba prendiendo una fogata con los rescoldos de la noche anterior mientras disparaba con la escopeta de dos cañones a la copa de una araucaria única, desperezante en medio del terreno. Caían las piñas y torcazas en trozos. ¿Había perros? Había perros que se comían los restos. Eduardo, el segundo primo menor que no se llamaba Segundo pero era el segundo en orden de aparición, les abría los hocicos quebrados a golpes de caucho. Tiras de caucho poblaban el campo, sueltas, despedazadas, quebradizas como los hocicos rescos que jamás cicatrizaban y que los canes, felices, ponían a vibrar en la atmósfera densa del mediodía. Contentos, a pesar del castigo gratuito de caucho, porque al fin alguien les prodigaba huesos jugosos. El casero se había ido hacía tres meses sin aviso previo y fue argumento suficiente para que Pedro y Cía. instalaran en Spegazzini su deficiente sociedad de veedores del alba. (Así la hubiesen llamado, tal vez, si hubieran tenido la inteligencia de mirarse). Una vez listo de plumas el pato, se lo atravesaba con un caño sin despojarlo de cabeza y, entre horquetas clavadas a tierra, se lo ponía a girar suave sobre las brasas.

Durante la tarde escuchaban los teros, analizaban su vuelo, discutían, nunca llegaban a nada. La noche era de volver al alcohol y el esnifeo como a un sueño recurrente (y no por recurrente menos placentero). El nivel de la charla solía elevarse a eso de las once pero ya a las dos convivían en mutismo, hacían puntería a frascos de vidrio —nunca más allá de donde llegara la aureola clara del sol de noche— o se ponían a arreglar muebles, el motor de un auto, las uñas. En general Pedro seguía de largo; inquieto, experimentaba la agudización de sus sentidos en la oscuridad, el diálogo narcisista de sapos y grillos, las contorsiones crujientes del rancho de madera sobre sí, el insoportable funcionamiento de los dos sistemas respiratorios que se desenvolvían en paz junto a él, y se levantaba, insomne, recorría los límites de la propiedad familiar, contaba los huesos de

vaca fosforescentes para siempre perder la cuenta, hacía planos en su cabeza, planes para el pasado, paseaba y sentía áspero el cuerpo. ¿A qué hora se dormía Pedro? ¿Dormía? Ya era hora.

“Ya es hora”, le decía Margara, “ya es hora de que vendamos el campo”. Pero entonces el lugar del diálogo volvía a ser el pequeño departamento de Taretita, veinte años después de la desplumación de patos, a donde todos los hermanos habían acudido para resolver la sucesión. Pedro estaba ahí, con el plano de Spegazzini lleno? de guarismos y líneas y flechas y notas en cursiva rápida —casi líneas y puntos en morse—, ya no en su cerebro sino materializado sobre la mesa incandescente, manoseado por todos, todos los que querían una porción ecuánime del terreno, y él, pero él, pero Pedro qué. “¿Qué, Pedro, qué?”, Margara se llamaba Margara cuando estaba, como estuvo entonces, teñida de cólera rosa en manchones por la cara. Si no, le decían Margarita, la que floreal sonríe y flota. Pero para ese momento, con horas acumuladas de argumentación sofista, Margarita era Margara y quería resolver el asunto. Toda la hermandad de la familia chica congregada quería resolver el asunto: Margara unificaba el reclamo, liderando, y vociferante se hacía vocera. “Veinte meses administraste el campo, lo llenaste de lechuga y cebolla. ¿Cuánto sacamos? Ni una canasta solidaria para cada uno? de los once, ¿eh? Y vos con las cuentas del próximo verano, no va más. Cosechá, quedate con la mantecosa, la criolla y la arrepollada, chupate hasta la raíz de la cebolla violeta, pero no va más. Se vende. NO VA MÁS”.

No era lindo ver a la prole desunida; tal vez por eso Taretita se habría escabullido a los cuartos interiores, tejiendo, tejiendo, tic-tac-tejiendo una lana larga que se acumulaba en parches que formarían una bufanda, suéter o mantita, o bien se quedarían así, solo parches de lana, oficiarían de retazos para caer en el baúl de los retazos de lana. No era lindo verlos desunidos ni tampoco al campo: Eso pensaba Pedro nomás, a quien se le desintegraba el mapa en la retina. Ahí mismo lo podía imaginar partiéndose como la primera galletita de agua del paquete que, al sacarla, se desvirtúa (¿o desvirtúa en virtutas?) sobre la mesa del comedor. “Por’ái lo tuyo no son los números y la brocha te va mejor que la calculadora, ¿eh?”, se envalentonaba Margara, que era la menor, cuando veía flaquear a Pedro, el mayor, desnutrido de ánimo —desinflado de ánima— como nunca antes lo habían visto. Y aprovechaba un último golpe de estoque: “¿Por qué no volvés a armarte un taller, pintás casas? Este campo se vende ahora que se puede y se divide en once partes, ¿eh? ¿De acuerdo? Y terminamos con la tertulia. Ya no va”. Con la frente

planchada, Pedro no supo más que repetir en espejo la muletilla de la familia chica, “¿eh?”, y hamacar los hombros de una manera extraña, como quien se acomoda entre las sábanas antes de irse a dormir.

Poco a poco los parches rosas fueron refluendo fuera del rostro de Margara y cobraron en él protagonismo los dos lamparones de ojos que apenas pestañeaban. “Cómo lamer con mayor deguste el tímido dulzor de la victoria”, se habría preguntado ella. Esos dos discos irisados y pletóricos de finas líneas verdes centrífugas parecían reducirse ante la dilatación que causaba el foco potente de la lámpara en las pupilas. Devorarían, si tuvieran dientes, la triste figura del hermano mayor miniaturizado por la gran única derrota en vida dentro, al menos, de la familia chica. Aunque no, no era, no había sido la única, si lo pensaba bien: ¿No solían contar a sus espaldas las hermanas mayores cómo a Pedro, de niño, los primos más adultos disfrutaban de enmantecarlo? Balidos, baaaahh, baaahlidos resonaban en el pasillo oscuro del departamento patricio en Las Heras. “¡Baah-baaahh!”, chillaba Pedro hasta que un primo —¿Alejandrito?— le tenía las dos manos con un torniquete y le encajaba un pan de figaza en la boca para taparle el grito y endulzarle el trato. Otro, mientras —¿Eduardito?—, acudía a la heladera a manotear una barra de manteca —500 g—, trizaba en redondo el papel de aluminio y volvía raudo a untarle los cachetes, el cuello entero, la nuca un poco, y mucho, muchísimo en la nariz, donde se le formaban increíbles burbujas de manteca y moco. Lágrimas le chorreaban a Pedro, gruesos canales de amplios meandros a lo largo de las mejillas que iban a desembocar al mentón. Una máscara trágica congoleña veía Pedro frente a sí, a sus escasos lácteos cinco años de edad, cuando los primos sometedores le ponían enfrente un espejo como culminación del acto. Pestañas largas y grasosas, grumos amarillos entre los párpados y un temblor de ojos húmedos obligados a presenciar la humillación propia: Tesón. Tesón debería haber tratado de armarse para la autoestima el dueño de aquellas pupilas de teflón.

Con esa misma opacidad de cacerola miraba de soslayo cómo Margara, falsa Margarita, se disponía a juntar cartera y saco del sofá verdehundido y los demás hermanos y hermanas también, rápidas iban a despedir a Tita, cajonear los sándwiches de miga, exprimir lo que quedase de limón en la bacha y de un vuelo al tacho, barrer con el dorso de la mano o un trapo húmedo de refilón las migas de las mesa sobre la mano hueca, liquidar el fondo de los vasos, cerrar y sacar al pasillo las bolsas de consorcio, derecho al incinerador, y dejarlo a él solo con su plano en evidencia. Que lo mire todo lo que quiera, que se quede

ahí y que esta noche a mamá la cuide él. Pedro. ¿Se habría quedado parado en el centro de la sala durante toda esa vorágine? Habría parecido un imbécil. Lelo. Un soldado que sobrevive sirve... no sirve. Es que todo ese tiempo, aunque Tita lo esquivara para apagar las luces e irse a acostar, bisbiseando reprimendas, recriminando nadece, toda esa media hora, cuarenta minutos, en que de todos se fue desprendiendo, lo único que le rebotaba en el cerebro era la largamente repetida muletilla de la familia chica en eco dentro de la bóveda del cráneo: “¿Eh?”

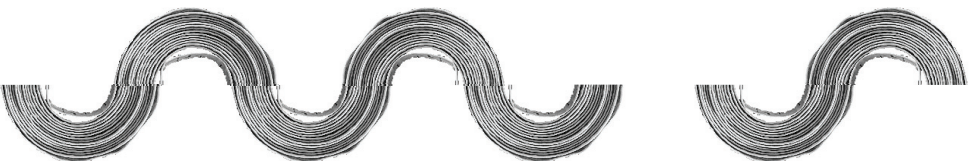
A veces parecía que no habían oído bien, ¿eh? Al instante uno se daba cuenta de que sí lo habían oído a uno porque enseguida venía la respuesta, ¿eh? Entonces parecía más un pedido de confirmación, como “¿Me entendés?” o “¿Estás de acuerdo conmigo?”. O no: Tal vez era solo una risa sin garganta, sin el “je” que la jota genera: solo “Eh” risa sin gracia. O no, no, había sido distinto esta vez: El “¿Eh?” de Margara lo había herido, era un “¿Eh?” de “¿No te das cuenta de que sos un inútil?” Un “¿Eh?” de “Sométase a la Verdad que el Destino le impone acompañado de la Evidencia y secundado por la muy querida y elocuente A-Todas-Luces para lanzar sobre usted el veredicto final de la Incompetencia Absoluta”. Todo esto elaborado sin palabras: Tan solo una interjección ambigua, sutil espasmo de una veintena de músculos faciales, humedad del cuerpo, olores y luces.

Pedro sentía un pincel en su mano; no había pincel en su mano.

Margara se había ido. Ella había sido. ¿No fue quien descubrió la traba? Sí, ella, ella había acudido a la bruja que le dijo: “Hay un alma que pena y dificulta la venta que no se consolida”. Margarita (Margarita entonces), después de consultarlo con algunas hermanas mayores, con tías y, claro, con Taretita, concluyó que no podía ser sino el espíritu de Papalilo el que vagaba por el terreno. Semierguido, de baba seca, arrastraba atadas a los tobillos unas cadenas de tanque lechero por el tambo, la huerta, el establo e iba a mojarse la punta de los dedoshueso a un piletón australiano lleno de líquen. Quien se lo cruzase al despuntar el alba, cubierto apenas con un saco de fieltro raído, olisqueando los pinches de un cardo —se decía—, tendría oportunidad de mirarle los ojos (ser mirado por él con los ojos), dos gotas de lavandina sobre el fieltro negro; podría oírlo chirriar los goznes de la dentadura y ver asomar la lengua de cartón para decir, para intentar decir un saludo o venia, pero en vez de eso le brotaría un estruendo: el estruendo de un revólver que dispara a quemarropa.

Las imágenes se formulan con humo y olores de pólvora. ¿Quién contaba esas escenas de horror, cuentos de fantasmas? Relatos que

traían un sabor a polvo o pólvora o fumata rosa. Le brotaban desde el fondo de la nariz a Pedro los recuerdos, las imágenes de cuentos contados en rondas de fogón en un campo nocturno. Ya en el colchón y con la persiana baja, renglones de luz fría atigraban la habitación desde la calle; a Pedro volvieron a acariciarle el oído el zumbido de los cascarudos y un cricreo de luciérnagas. Sintió olor a leña quemada y ceniza en los dedos. Restos diurnos de varios días a lo largo de años se le agolpaban en torrente de la frente al cuello: un cúmulo que venía a ser versión miniatura de Spegazzini, y que sabía a mate ya yogur. Dio vueltas bajo las sábanas desarmando la frágil disposición del género remanido. Respiraba el aroma de la noche en casa ajena. Aguzó el oído para enterarse si en la habitación de al lado, pasillo de por medio, Taretita ya estaba dormida o si en cambio seguía tac-tac-tac-traqueteando el eterno tarareo de las agujas de tejer. Nada. Solo silbaba el motor de la heladera y resonaban las gárgaras de la cañería por las paredes. Resopló, se sacó la camisa de piyama. Sin saber cómo había empezado, ya se veía metido revolviendo imágenes levemente deformes. La vio a Margarita hecha benteveo (“Bichofeo”, pronunció Pedro bajito como íntima venganza y, socarrón consigo mismo, volvió a girar entre las sábanas húmedas). La vio a su hermana —lejana hermana, casi sobrina— aventando humo, benteviendo los recodos del campo con una sonrisa impresa, un sello de goma que decía: “Era esto, era así, ahora sí”. Margarita sostenía la cadena de bronce con ambas manos y hacía pendular el quemador de incienso entre los yuyos. Se había calzado las botas, la bombacha de campo, la camisa y un pañuelo gaucho, regalo de casamiento que jamás había usado antes pero conservaba quién sabía para qué ocasión. Para esa. ¡Papalilo! ¡Papalilo!, pensó Pedro que ella habría pensado a gritos, pero sin gritar para afuera, solo sonriendo. “Papalilo, te amamos, te queremos, aunque no te hayamos conocido. No te afierres a este campo que tan poco te dio y que nosotros queremos para deshacernoslo. Sé feliz, Papalilo, estate tranquilo. Ya puedes descansar”. El incienso giraba y giraba contra el cielo de nubes de espuma, y un aguilucho en corto vuelo rasante. Humo enmarañado entre las ramas del pino: ese campo respiraba otro aroma, respiraba el aroma del campo santo.



Legna Rodríguez Iglesias (Camagüey, 1984)

Te voy a destruir, dijo la vieja

Te voy a destruir, dijo la vieja,
mordiéndose a sí misma como un perro rabioso.

Unas sobre otras bailaban las mujeres.
Te voy a destruir, dijo la vieja.

Tocándose las nalgas bailaban las mujeres.
Te voy a destruir, dijo la vieja.

Yo apenas me movía.
Mis tacones y el suelo se quedaron pegados.

En los libros, la música, también es teoría.
Pensé que destruirme no solo era sencillo

sino hasta conveniente. Adiós, supermercados.
Adiós, ciénaga agria.

Te voy a destruir, dijo la vieja.
A mí me daba lástima, qué vieja tan pesada.

Durante aquella noche había envejecido
tal vez doscientos años, tal vez doscientos veinte.

Lo cierto es que pasó de un pobre balbuceo
a un capricho grotesco de destrucción masiva.

Tuvieron que llevársela a algún hotel del centro
donde la vieja estaba inscrita y registrada.

Casi pierdo a mi amor, por culpa de la bruja.
Le enseñé mis poemas y quería mis labios.

Varios meses después, aún recibo correos
que terminan diciendo: con afecto, saludos.

Lo mejor de acordarse es haberlo olvidado

Se me olvidó cuando dejé en blanco la prueba de matemáticas
para darles un motivo más fuerte todavía.

Se me olvidó la maestra de matemáticas
que no podía quedarse embarazada
y era más amargada que la suma de los catetos.

Se me olvidó la maestra de química.
Y la de literatura.

Se me olvidó Vanessa:
el día que me dormí me amenazó con dejar de hablarme.

Se me olvidó Alejandro:
el hermano de una amiga de Vanessa.

Se me olvidó Juan Carlos:
el mejor amigo de Alejandro.

Se me olvidó la fiesta de los quince de Vanessa:
otra vez me emborraché y Vanessa
me llevó a su casa, me metió en la ducha, me quitó la ropa.

nadie hasta ese día me había mirado así.

Se me olvidó el estribillo de la canción de Cher.
Se me olvidó una cosa que no se puede decir.
Se me olvidó Alejandro más que cualquier cosa.

Se me olvidó el último piso del edificio,
y el póster pornográfico que había en la pared.

La mujer con la vagina abierta tenía una bandera
americana en cada uña.

Se me olvidó la colcha sobre la cama
llena de pelo de gato. Habían 36 grados centígrados.
Eso quiere decir un calor enorme.

Se me olvidó el dolor
y que tuve que irme rápido porque todo lo veía doble.

Rita Dove
(Ohio, 1952)

Traducción: Katerina González Seligmann
(Miami, 1982)

Perejil

1. Los Cañaverales

Hay una cotorra imitando la primavera
en el palacio, sus plumas verde perejil.
Fuera del pantano la caña aparece

para perseguirnos, y la cortamos. El General
busca una palabra; él es el mundo
entero. Como una cotorra imitando la primavera,

nos acostamos gritando tras golpes agudos de lluvia
y nos levantamos verdes. No podemos hablar una R—
y fuera del pantano, la caña aparece

y luego *Katalina*, la montaña que llamamos en susurros.
Los niños roen sus dientes en puntas de flecha.
Hay una cotorra imitando la primavera.

El General ha encontrado su palabra: *perejil*.
Quien la dice, vive. Él se ríe, sus dientes brillan
fuera del pantano. La caña aparece

en nuestros sueños, latigada por el viento y la corriente.
Y nos acostamos. Por cada gota de sangre
hay una cotorra imitando la primavera.
Fuera del pantano la caña aparece.

2. *El Palacio*

La palabra que el general escogió es perejil.
Es otoño, cuando los pensamientos giran
hacia el amor y la muerte; el general piensa
en su madre, cómo murió en el otoño
y cómo sembró su bastón de caña en la tumba
y cómo floreció, cada primavera flemáticamente formando
flores de cuatro estrellas. El general

se sube sus botas, pisotea el
cuarto de ella en el palacio, el que no tiene
cortinas, el que tiene una cotorra
en un anillo de latón. Al pasearse se pregunta
A quién puedo matar hoy. Y por un momento
el nudito de gritos
está quieto. La cotorra, que ha viajado

desde Australia en una jaula de
marfil, está practicando, coqueta como una viuda,
la primavera. Desde la mañana
que su madre se derrumbó en la cocina
horneando caramelos de calavera
para el Día de los Muertos, el general
ha odiado los dulces. Él pide que los pasteles
los traigan para el pájaro; ellos llegan

espolvoreados de azúcar sobre una cama de encaje.
El nudo en su garganta comienza a crispase;
ve sus botas en el primer día de la batalla
salpicadas de lodo y orine
tras la caída de un soldado pasmado a sus pies
—¡iqué estúpido pareció!— con el sonido
de la artillería. *Jamás pensé que cantaría*,
dijo el soldado, y murió. Ahora

el general ve los campos de azúcar,
la caña latigada por la lluvia y la corriente.
Ve la sonrisa de su madre, los dientes
carcomidos en puntas de flecha. Escucha
a los haitianos cantar sin R
al blandir los grandes machetes:
Katalina, cantan, *Katalina*,

mi madle, mi amol en muelte. Dios sabe
que su madre no fue una mujer estúpida; ella
podía marcar la R como reina. ¡Hasta
una cotorra puede marcar una R! En el cuarto vacío
las plumas luminosas forman un arco en parodia
de verdor, mientras las últimas migas pálidas
desaparecen bajo la lengua oscurecida. Alguien

llama su nombre en una voz
casi como la de su madre, una lágrima sorprendida
salpica la punta de su bota derecha.
Mi madre, mi amor en la muerte.
El general recuerda los ramitos verdes
que los hombres de su aldea usaban en sus capas
para honrar el nacimiento de un hijo. Él
ordenará que muchos, esta vez, mueran

por una sola, bella palabra.

Parsley

1. The Cane Fields

*There is a parrot imitating spring/ in the palace, its feathers
parsley green./ Out of the swamp the cane appears// to haunt
us, and we cut it down. El general/ searches for a word; he
is all the world/ there is. Like a parrot imitating spring,// we
lie down screaming as rain punches through/ and we come up
green. We cannot speak an R—/ out of the swamp, the cane
appears// and the mountain we call in whispers Katalina./ The
children gnaw their teeth to arrowheads./ There is a parrot
imitating spring./ El General has found his word: perejil./
Who says it, lives. He laughs, teeth shining/ out the swamp. The
cane appears// in our dreams, lashed by wind and streaming./
And we lie down. For every drop of blood/ there is a parrot imi-
tating spring./ Out the swamp the cane appears.///*

2. The Palace

*The word the general's chosen is parsley./ It is fall, when thou-
ghts turn/ to love and death; the general thinks/ of his mother,
how she died in the fall/ and he planted her walking cane at the
grave/ and it flowered, each spring stolidly forming/ four-star
blossoms. The general/ pulls on his boots, he stomps to/ her
room in the palace, the one without/ curtains, the one with a
parrot/ in a brass ring. As he paces he wonders/ Who can I*

*kill today. And for a moment/ the little knot of screams/ is still.
The parrot, who has traveled// all the way from Australia in
an ivory/ cage, is, coy as widow, practicing/ spring. Ever since
the morning/ his mother collapsed in the kitchen/ while baking
skull-shaped candies for the Day of the Dead, the general/ has
hated sweets. He orders pastries/ brought up for the bird; they
arrive// dusted with sugar on a bed of lace./ The knot in his
throat starts to twitch;/ he sees his boots the first day in batt-
le/ splashed with mud and urine/ as a soldier falls at his feet
amazed—/how stupid he looked!—at the sound/ of artillery. I
never thought it would sing/ the soldier said, and died. Now//
the general sees the fields of sugar/ cane, lashed by rain and
streaming./ He sees his mother's smile, the teeth/ gnawed to
arrowheads. He hears/ the Haitians sing without R's/ as they
swing the great machetes:/ Katalina, they sing, Katalina,./mi
madle, mi amol en muelte. God knows/ his mother was no stu-
pid woman; she/ could roll an R like a queen. Even/ a parrot
can roll an R! In the bare room/ the bright feathers arch in a
parody/ of greenery, as the last pale crumbs/ disappear under
the blackened tongue. Someone/ calls out his name in a voice/
so like his mother's, a startled tear/ splashes the tip of his right
boot./ My mother, my love in death./ The general remembers
the tiny green sprigs/ men of his village wore in their capes/ to
honor the birth of a son. He will/ order many, this time, to be
killed// for a single, beautiful word.*

Larry J. González (La Habana, 1976)

Lectores de Villa Manuela y otras villas vecinas

Donde los vendedores de pasteles en la Habana Vieja encajan pastelitos como si fueran legos. Pastelitos que fingen las escamas de una serpiente: se va encajando el cuerpo de El Soberano adentro de la caja acrílica, y yo que nunca atendí muy bien a las imágenes en diapositivas del culto náhuatl veo nítido, muy nítido, adentro de la caja acrílica, al vecino que regresa debajo del sol a.m. con la barba encendida y la piel blanca encendida *too*.

* * *

¡Vengan las huestes bárbaras —los indígenas aquellos— a degustar esta cena a base de casabe!

—*Jamás imaginé poder masticar con la vista este furor ante lo desabrido* —habla el cocinero que es oriundo de una ex-colonia británica. Habla de la cocina insular con vergüenza: son platos de una historia reciente, alimentos vacíos en exceso si los mides sobre el punto exquisito de la alta gastronomía británica.

Las huestes bárbaras veneran a la galleta blanca, hay tradición en la villa de igualarlo todo al chasquido huraño de la galleta blanca.

Y las coces de indefinidas bestias en suelos arenosos también se asemejan muchísimo al chasquido huraño que ordena hasta los más remotos y simples augurios: donde el indígena que huye en puntapiés sobre las fronteras de la villa, atento al chasquido huraño, cava en puntapiés los primeros orificios de su tumba en suelo arenoso.

* * *

Valorar la posibilidad de otro caballo negro: carente el caballo de arnés pulido. Los establos del indígena no tienen suficientes caballos negros como el indígena quisiera, como para que de tan solo rozar la entrada al establo los caballos parezcan una nube negra, una instalación inmensa, blanda y amorfa (el heno debe guindar blandamente en las canoas blandas del establo, a la hora de reparar las canoas blandas del establo el indígena se inventa la madera de álamo a muy buen precio en las serrerías de la villa).

* * *

Me decido a releer sobre las cartas náuticas de las colonias británicas para reescribir el artículo sobre los mapas de Tracey Emin y las leyendas que ha inventado la artista británica para leer adentro de sus mapas.

—*¿Hasta cuándo va a seguir escribiendo ese niño sobre el envejecimiento de la artista británica?*— le han dicho al indígena en su periplo por las exposiciones de tesis. Dicen las huestes bárbaras que ya he escrito bastante acerca de la artista británica en

mi segundo libro de poemas, que no debo escribir más acerca de la artista británica a la hora de volver una y otra vez sobre el Reino Unido.

Hay tres mujeres en las afueras de los establos. Y esas tres mujeres, junto a la artista británica, vagan por mi segundo libro de poemas: las cuatro mujeres en sus respectivas memorias han tirado más-menos con la cara, fuertemente con la cara, las cuatro hundiendo sus cholas en el lodazal que cubre las fronteras de la villa:

*¿Qué hacen Tracey Emin y Sarah Lucas con ese escarpelo en las afueras de los establos?
¿Qué hace Gina Pane con ese escarpelo manchado de herrumbre en las afueras de los establos del indígena?*

¿Qué hace Marina Abramović con ese escarpelo tan frío en las afueras de los establos del indígena?

Tal parece la serbia un miembro eremita de las huestes bárbaras:

— ¿Ves la diadema de cieno en el fondo del pecho lila de aquella serbia?

* * *

En el Museo Antropológico de la Universidad de la Habana, Sarah Lucas expone un conjunto de objetos relativos a la fluorescencia de los óvulos inmaculados de su amiga Tracey Emin *y de su inmaculada úlcera de Dios que no tiene en proyecto humedecer** un día más, ni conquistar bajo ningún pretexto anexionista.

* * *

“LAS LLAGAS EN SU ESTADO ACTUAL”/Me acompaña Javier Marimón a escuchar el poemario *Las Llagas*, de Beyoncé Knowles.—*Beyoncé Knowles está en Cuba. Vamos a ver a Beyoncé Knowles leyendo poemas en el café.* Mientras Beyoncé lee su parecer acerca de la extensión de Las Llagas, Javier me dice que si quiero enterrarle la lengua en la oreja. Saco la lengua y la empiezo a desaparecer en el tronco izquierdo de la oreja izquierda de Javier Marimón. Cuando sube minuciosa mi lengua por el tronco de la oreja de Javier, es justo cuando La Señorita Knowles insiste sobre las llagas, y los óvulos infértiles de las llagas, que se creen más allá de simples óvulos: poetas. /—*Llagas, Llagas, Llagas*— recita La Señorita Knowles (despampanantemente correcto el español de La Señorita Knowles)/Javier bota mi lengua de un tirón. Anduvo mi lengua por el bulbo raquídeo de Javier y le ocasionó hondos espasmos al respirar y una crisis de tos que sonaba a lo más normal del mundo, arena de lija en la garganta. Mi emoción ante Beyoncé Knowles leyendo poemas en el café me hizo perder la cabeza, la vara de mi lengua.—*Toda esta fauna debe creer que estoy nervioso ante Dios y su llaga*— me dice Javier y apunta hacia La Señorita Knowles con sus gafas ochenteras. Muy segura La Señorita Knowles de la fluorescencia de los óvulos específicos, de la sanidad de la capilla ardiente y de su inmaculada úlcera de Dios que no tiene en proyecto humedecer./

En el Museo Antropológico de la Universidad de la Habana El Negro Aroche me habla de las diferencias específicas entre los colegios reales. La conversación nace

alrededor de una pieza de Sarah Lucas que parece una corona, ciertas gemas destilan una secreción extraña. El Negro Aroche me habla de las diferencias entre el colegio donde estudiara Harry, el hijo segundo de Diana de Gales, y el colegio donde estudiara Carlota la jinete, la ilusión del principado de Mónaco, la nieta de Grace Kelly. El Negro está dispuesto a escribir un libro sobre los colegios reales. Le ofrezco mis archivos de actas, mis fotocopias en las secretarías de los colegios reales. Acto seguido a mi ofrecimiento asoma el tema de los óvulos:

—*¿Hojeaste alguna vez el manuscrito de Elizabeth Leis, la figura del óvulo adentro del poema, el libro que publicara en Nashville? Pues le han detectado a La Señora Leis un cáncer fulminante que le engorda trompas arriba, esos de celeridad meticolosa, y ahora La Señora Leis solo puntualiza en los objetos espermáticos adentro del poema*— me habla El Negro Aroche.

* * *

La lectura del manuscrito de La Señorita Leis avanza en la flojera del desgano, entre el cáncer meticuloso de La Señora Leis que describe El Negro Aroche y el vertedero del moho, táctil como las fundas de pana cuando son *new packet*: fotocopias del Trinity College, santa cuna de la familia real británica.

* * *

El indígena dando puntapiés por algunas galerías de la Habana Vieja.
El indígena toma notas sobre algunas exposiciones de tesis
y luego me las hace llegar:

* * *

1— *Karaoke (también recuerdo un archivo).*

2— *Ante el video de las fresas me queda un sabor minúsculo (justo ahorita, a cuerdas de la galería, quedé atrapado en el sabor de una chuchería que imitaba bastante feo el sabor a fresa, como las huellas en el pasamanos del Gran Hotel. La chuchería me empuja hacia no sé dónde. Aunque es muy fuerte el olor a extracto de fresa no llego a manosear ninguna cosa en sí que me recuerde algo terminante que no sea un camino y su grava. Le doy cierta importancia al acto de morder. Veo muy nítido el camino. Llego a pensar que la cosa no es más que eso: tragarme un camino infeliz. Aliento en el ojo de buey: borro el aliento del cristal y veo el mar enorme del Gran Hotel. Asfixia. Y en la galería de nuevo fresas: morder fresas desde el video y hojear un catálogo desde el video. Tragar fresas: óleos por donde vagan sombras disimiles en lozas de piso). Repasar el catálogo justifica dos o tres ideas sueltas respecto a los lienzos.*

3— *El acabado en las piezas de la sala izquierda, justo a la entrada, es de elogios y más elogios por los asistentes de El Archivero. Nótese que hablo de acabado: la torcedura en la caja acrílica. —El Archivero tiene depositada mucha fe en esa niña —lo oí días después del periplo.*

4— *Moler hierbas resacas sobre la consigna más ciega de las tesis: ¡Landscape es neblina!*

5— *Los retratos en chocolate y barro del pariente brasileño sobre los retratos en sal y azúcar. Las justificaciones de la sal y la azúcar cacarean en el empacho: la horma empalagosa del islote, es mucho cuento el bojeo. Tan grande es el peso del pariente brasileño ante la sal que se me nubla la vista, derramándose las bolsas de azúcar carioca junto a las líneas del rostro hechas de sal carioca too.*

* * *

Pudiera continuar describiendo sin ganas lo que leo sin ganas acerca de algunas exposiciones de tesis:

6— *El déshabillé que levita y las sombras de animales muertos.*

7— *El book de corte y costura: book pulcro, de guantes en las páginas (sobre el book un detalle: quien firma la postal que habla de la zurcidora me cae bien, y su obra me cae bien, y por ello le entré al book con buenos ojos).*

8— *En la sala derecha, justo a la entrada, las maquetas minúsculas y blancas del salón de danza y del cuarto que da acceso a la buhardilla.*

* * *

Me pregunto si todos aquellos objetos clasificaban en la política de exposiciones de tesis, tal vez algunos objetos solo estaban envueltos en una simple y llana exposición que podría lucir como una exposición de tesis solo por arrimo. Al no tener clara las fronteras de las exposiciones de tesis a lo mejor entrabas de golpe en una simple y llana exposición y pensabas que eso era un graduado. ¿La crónica del periplo se mantiene narrando desde la Habana Vieja?

(El indígena quiere instalar en algún punto medio de la primera galería a una de las cajas acrílicas repletas de pastelitos, las que vaticinan por las calles de la Habana Vieja la llegada al Nuevo Mundo. Se vería bien junto a la caja acrílica de la niña del Archivero. Dos cajas acrílicas con el mismo tipo de torcedura. Va y hasta se ensamblan las dos cajas. Y hasta los pastelitos reciben igual cantidad garrafal de elogios).

VILLA MANUELA

He aquí la exposición de tesis en Villa Manuela.

He aquí la tesis que estuvo precedida por la exposición *frú-frú*, donde el artesano hablaba sobre la hecatombe nuclear, las huestes bárbaras y otras manías esponjosas. Villa Manuela es partidaria, EXAGERADAMENTE, a hurgar en los efectos *frú-frú* de la hecatombe nuclear y en la luz de los espíritus blandos y esponjosos.

He aquí la exposición de tesis que lo reafirma, BRUTALMENTE, en cada esquina: Sobre un cristal se echa Manuela como ya lo hizo el doble de Rosemarie Trockel a copiar de sus revistas. Se echa Manuela. Pero ya lo hizo el doble de Rosemarie Trockel sin clase alguna de pudor.

Manuela ahora está matunga sobre un espejo.

Como si fuera un espejo colonial de los que hacían el miedo y fermentan el almíbar de la guerra blanda, donde cada mínimo detalle en la exposición de tesis socorre a las trincheras de almíbar en MUY MAL estado de conservación.

Emmanuèle Jawad

(Vernon, 1967)

Traducción: Oscar Cruz
(Santiago de Cuba, 1979)

[cuaderno de piedra]

la cámara fija en el cuadro un personaje fuera de campo planos largos carros que atraviesan el yermo hacia una montaña de suelo pedregoso filmar no filmar el muro metálico las paredes con estrías los bordes de los muros planos lentos de circulación interior movimientos y desplazamientos en un terreno de concreto [en la noche los puntos luminosos esplenden hacia lo alto haciendo trazas blancas hasta que temprano el sol se hace sobre los postes de halógenos en la alta barrera donde puede observarse el calado de tórridos árboles el viento que sacude la señalización y uno comprende la estrategia establecida para el control de la frontera el cierre de los cruces tradicionales y el desplazamiento de los puntos de acceso

1998 Ceuta y Melilla España / Marruecos; 1953 Corea del Sur / Corea del Norte 248 Km; 1974 República Turca de Chipre Septentrional / República de Chipre; 1975 Sudáfrica y Mozambique 120 km; 1991 Kuwait / Iraq 193 km; 1999 Uzbekistán / Kirguistán 870 km; 2001 Turkmenistán / Uzbekistán 1700 km; Uzbekistán / Afganistán 209 km Israel / territorios ocupados 700 km; 2004 India / Kashmir 550 km; Arabia Saudita / Yemen 75 km; 2003 Botswana / Zimbabwe 500 km; 2005 Brunei / Malasia 20 km; 2006 Estados Unidos / México 1200 km; China / Corea del Norte 1 416 km; Kazajstán / Uzbekistán 45 km; Arabia Saudita / Iraq 900 Km; 2009 Eslovaquia Kosice Wall 2011 Eslovaquia Ostrovany Wall Grecia / Turquía 12 km; 2013 Egipto / Israel 266 Km

* * *

—superada la playa un largo muro una carretera algo rígida y a continuación una villa y al lado un muro un edificio doblemente cercado [[hormigón y alambradas] montaña pequeña media montaña manchas no uniformes más densas en ciertas zonas y luego altas rejas

de seguridad [un mirador en pleno campo tallos altos vista al mar]
 losas de cemento al lado de rojas y blancas rayas de una señalización
 un filtro de hierro láminas de metal de tamaño pequeño en la base
 de una puerta giratoria mecánica de un amarillo vegetal —] viento:

* * *

las granadas en los bruñidos puntos rojos la cuchilla raspa el fondo
 retoman la operación sobre el mapa y el periódico disponen aquí los
 pequeños puntos que marcan y ajustan en árabe escritura la forma-
 ción de manchas denotan la vasta circulación de la letra impresa se
 mueven y *comienza por una plaza a reconfigurarse el conjunto* de
 altas terrazas el recinto imbrica el cuerpo saturado de grafitis está
 el muro se confunde el cuerpo el muro con otros cuerpos grafitis
 rojo sobre gris uniforme chaqueta cuerpos cabezas pegados al
 muro gris rojo paredes cuerpos y cabezas el periódico la experien-
 cia dice subraya de un punto al otro pasa de una terraza a la otra
 las fronteras se pliegan a la impresión los mapas el periódico las
 lenguas otra pared en materia sonidos una grabación sonidos que
 atraviesan el oído las decisiones se acatan los contratos los proyec-
 tos de una infraestructura potencial en expansión

La intervención poética

[las cartas de seguridad]

[un muro electrónico con radares cámaras drones] el dispositivo de
 seguridad [fosos de agua salada y dunas] vigilancia
 operacional entre ellos y el borde de los mares ocupados
 un dispositivo de control cartas de seguridad *de un mercado*
informal : [un muro de arena, un embalse, una muralla, de las zanjas —
 ceñidas, otras murallas, fortificaciones, obstáculos, una separación, una
 barrera, una demarcación, una frontera]

* * *

una zona militar cerrada circunda la ruta
 principal hasta la estación de aduanas cubos
 blancos en la zona industrial y en pleno centro
 se toman fotografías
 [desierto y estepas de dunas como un plato al lado
 de estériles lagunas de una extrema aridez.]



* * *

las máquinas [el aparato en el portón y después en
el avance de la serie de planos un conjunto de sitios borrosos
en primer plano meseta de montaña un promontorio una
estratificación un mecanismo de entrada y salida hacia
el cuadrante] terrenos recorridos por la cámara de seguridad
del mirador OCUPAN

LA FRONTERA [entrada a la zona de espera en-
parejas] *la frontera no es el muro* [hormigón]
barreras electrificadas cercas perimetrales no
pasar

[carnets de murs]

la caméra fixe dans le cadre un personnage en hors-champ
plans larges véhicules traversant le champ un à un montagnes
climats pierreux filmer ne pas filmer le mur métallique les pa-
rois à stries métal bords des murs plans lents de circulation
intérieure mouvements et déplacements un terrain de foot en
ciment [de nuit les points lumineux vrombissent en hauteur
faisant tache blanche au sol bouge points jusqu'à très tôt de
lumière surmontent les poteaux électriques des halogènes
barrière haute on y voit ajourée les arbres chauds le vent
affaisse la signalisation on entend la stratégie mise en place
pour la surveillance de la frontière la fermeture des passages
traditionnels le déplacement des points de passage

1998 Ceuta et Melilla Espagne / Maroc ; 1953 Corée du Sud /
Corée du Nord 248 Km ; 1974 République Turque de Chypre
du nord / République de Chypre ; 1975 Afrique du Sud et Mo-
zambique 120 km ; 1991 Koweït / Iraq 193 km ; 1999 Ouzbé-
kistan / Kirghizistan 870 km ; 2001 Turkménistan / Ouzbé-
kistan 1700 km ; Ouzbékistan / Afghanistan 209 km ; Israël
/ Territoires occupés 700 Km ; 2004 Inde / Cachemire 550
Km ; Arabie saoudite / Yémen 75 km ; 2003 Botswana / Zim-
babwe 500 km ; 2005 Brunei / Malaisie 20 km ; 2006 Etats-
Unis / Mexique 1200 Km ; Chine / Corée du Nord 1 416 km ;
Kazakhstan / Ouzbékistan 45 km Arabie Saoudite / Irak 900
Km ; 2009 Slovaquie Mur de Kosice 2011 Slovaquie Mur d'Os-
trovany Grèce / Turquie 12 km ; 2013 Egypte / Israël 266 Km

* * *

—avancée de plage mur longe route peu raide et continue
villa vue mur de l'autre côté bâtiment vue en plongée mur
à double enceinte [[ciment grillage] montagne courte de
moyenne montagne taches non uniformes plus denses par
endroits puis grilles de haute sécurité [mirador plein champ
plus haut tiges hautes grillées vue mer de haut] blocs dalles
béton de côté raye rouge et blanc d'une signalisation filtre fer
lames métalliques de petite taille à la base porte pivotante
mécanique végétal jaune —] vent :

* * *

les grenades à point brunies rouges la lame défait le fond il re-
prend l'opération sur la carte et le journal bougent ici étalent

de petits points resserrent marquent en écriture arabe la for-
mation de nappes il remarque la circulation pleine l'imprimé
l'écriture bouge à peine *ça commence par une place reconfi-
gure l'ensemble* les terrasses hautes l'enceinte le procédé im-
brique le corps sature de graffs au mur confond le corps le
mur avec corps graffs rouges sur gris uniforme veste corps
tête collent au mur gris rouge murs corps et tête le journal
l'expérience il dit souligne d'un point l'autre passe d'une ter-
rasse l'autre les frontières plient à l'impression les cartes le
journal les langues mur à matière sons un enregistrement
sons traversent d'infra à l'oreille les décisions s'entendent les
contrats les projets d'infrastructures un potentiel d'expansion

L'intervention poétique

[les cartes sécuritaires]

[un mur électronique des radars caméras drones] le dispositif
est de /sécurisation [fossés d'eau salée et dunes] la surveillance
est /opérationnelle entre et au bord des mers militarisées/un
dispositif de contrôle des cartes sécuritaires *d'un marché/ in-
formel* : [un mur de sable, un barrage, un rempart, des tran-
chées— enceintes, murailles, fortifications, obstacles, une sé-
paration, une/ barrière, une démarcation, une frontière]

* * *

une zone militaire fermée on circule sur la route principale/
jusqu'au poste de douane cubes/ blancs dans la zone indus-
trielle et plein centre/ on prend des photographies/ stan-
dardisées/ [désert et steppe dunes plateau zone côtière/ à
lagunes aride d'une extrême aridité]

* * *

des machines [l'appareil dans la trouée puis dans/ l'avance-
ment de la série plans d'ensemble espace flou/ en avant-plan
la table de montage un empilement une/ stratification un
mécanisme des allers retours dans le cadre]/ terrains vagues
écrans d'enregistrement de contrôle dans l'écran-viseur/
ON HABITE /LA FRONTIÈRE [seuils zones d'attente entre-
deux]/ *la frontière n'est pas le mur* [béton]/ barrières électri-
fiées clôtures surveillées on ne/ circule pas

Pablo de Cuba Soria (Santiago de Cuba, 1980)

Entre *Nos* y *Poema*, “todas esas máquinas”

En el número correspondiente a junio-julio de 1963 de la revista *Critique*, cuando iniciaba el fervor post-estructuralista que dominó el campo de la teoría estético-literaria en las dos siguientes décadas, en el ensayo “Fuerza y significación”, que luego sería el primer capítulo de *La escritura y la diferencia* (1967), Jacques Derrida cartografió el alcance y el límite histórico-epistemológico del estructuralismo:

Si se retirase un día, abandonando sus obras y sus signos en las playas de nuestra civilización, la invasión estructuralista llegaría a ser una cuestión para el historiador de las ideas. Quizás incluso un objeto. Pero el historiador al que le llegase a ocurrir algo así se equivocaría: por el gesto mismo de considerarla como un objeto, olvidaría su sentido, y que se trata en primer término de una aventura de la mirada, de una conversión en la manera de cuestionar ante todo objeto [...] Como vivimos de la fecundidad estructuralista, es demasiado pronto para fustigar nuestro sueño. Hay que soñar en él con lo que podría significar. [...] La *forma* fascina cuando no se tiene ya la fuerza de comprender la fuerza en su interior. Es decir, crear. Por eso la crítica literaria es estructuralista en toda época, por esencia y destino. No lo sabía, ahora lo comprende, se piensa a sí misma en su concepto, en su sistema y en su método.

Para el filósofo francés, la fuerza del estructuralismo —en el campo de la crítica literaria— radicaba justo allí donde le era negado penetrar más; donde ya solo le quedaba pensarse a sí mismo; donde, en fin, se reconocía *en* su propia imposibilidad: constituirse en aquello que sostenía: la obra de arte. Pero como “la crítica literaria es estructuralista en toda época, por esencia y destino”, desde que “la figura del crítico emerge a finales del siglo XVIII e inicios del XIX, paralelamente al crecimiento gradual de un público amplio y democrático” (esto nos lo recuerda Boris Groys), hasta el día de hoy, en que “las imágenes sin texto [y los escritos sin paratextos] son embarazosos como una persona desnuda en un espacio público” (Groys), pueden algunos sentirse a salvo, otros desesperados, al saber que en el campo de la crítica no hemos salido de la dictadura estructural. Los archivos, donde guardamos bajo sellos crítico-teóricos todo arsenal artístico-cultural, resultan por definición estructurales: estructura lingüística, estructura social, estructura política, estructura de género, estructura de raza, incluso estructura de las estructuras.

Nos hemos vuelto expertos en darle vueltas al objeto artístico, porque él es de por sí impenetrable; no atinamos ni siquiera a abrazarlo y gritar “*Mutter, ich bin dumm*”, como hizo Nietzsche con aquel caballo, porque tal acto solo pertenece a un punto y a un momento concretos de la mañana turinesa del 3 de enero de 1889, esto es, un acontecimiento que se separó del tiempo de la historia para acceder al tiempo del mito y la locura. Y a nosotros no nos conviene esa locura, porque en la actualidad la locura ya tiene nombre, y es confortable: se llama mercado. Y para muchos de nosotros en este tiempo (que es cualquiera), y en este espacio (casi siempre intercambiable), tiene apellido: mercado académico. Nos hemos convertido en urbanistas que proyectan el trazado vial alrededor del objeto artístico; o en arquitectos u obreros que diseñan y le construyen una casa cómoda, un encierro placentero. Incluso, podemos ir un poco más lejos: nos hemos convertido en sepultureros que le han hecho, a Literatura, un entierro placentero.

Pero no solo los críticos son los responsables, los artistas desde los mismos inicios de la Modernidad también sucumbieron al cariño maternal de la teoría, incorporándola a ella a su quehacer artístico, cada vez con más desatino, o con mayor acierto, porque el pulso poético también necesita exteriorizarse desde y por las formas del exceso. Con Mallarmé tuvimos, a partir de su recepción de Hegel, unos de estos hermosos desatinos. Emil Cioran nos recuerda que la obsesión de Mallarmé fue:

Crear una obra que *rivalice* con el mundo, que no sea su reflejo sino su doble, no es una idea que haya tomado de los alquimistas, sino de Hegel, del Hegel a quien no conocía más que indirectamente a través de Villiers, el cual apenas le había leído, justo lo suficiente para poder citarle de vez en cuando y llamarle pomposamente “el reconstructor del Universo”, fórmula que debió de impresionar a Mallarmé, puesto que el Libro aspiraba precisamente a la reconstrucción del Universo.

Despropósitos que en las vanguardias alcanzó un *cul-de-sac* en el que actualmente estamos todavía dando palos de ciegos, guiados por esos lazarillos llamados *ismos*, siempre ellos reinventándose, sustituyéndose, confundiéndose unos con otros. *Ismos* que todavía pretenden encerrar a los incontables modos y flujos de expresión artística que en la actualidad conviven. Inclusive, cuando los *ismos* no acuden a nuestro rescate, raudos (y raudas) echamos manos a cuanto sufijo asome para entonces, —ivaya acto de fe!—, asustar a Concepto, a Idea.

Recientemente estuve trabajando en algunos poemas de Néstor Perlongher. Mejor dicho: estuve analizándolos. Y *análisis* quiere decir “dividir mediante la razón la unidad”, nos advierte Guido Ceronetti, lo que “no es un trabajo demasiado limpio”. Pero como estamos en un lodazal sin retorno, o en un campo sin horizonte lleno de reses descuartizadas donde aparecemos como

carniceros, no renuncié a meter esa carga de caballería crítico-teórica en los poemas. Pero en uno de ellos, “Música de cámara”, del libro *Alambres* (1989), me devolvió el ánimo, haciéndome otra vez creer, a medida que lo leía y releía, que muy pronto, ya mismo, olvidaría todo recurso crítico para pensarlo, todo “en el sentido de que no quede nada que descubrir en medio del campo de análisis agudísimos que les han crecido encima” (Ceronetti). Escuchemos el poema:

Dime ya, Delia: creo en esas músicas que como liendres se agazapan tras las axilas de los pobres que condenados a los gases se desnudaban en las cámaras y aspiraban el fino —o el bravío— hedor del mediodía: creo, decime, en esas melopeas de músicos de cámaras que toman la batuta y suenan los violines violentos y los vientos ventrales cuando ellos se retuercen, desnudos, en el gas: dime más: dime, creo en las batutas que los ejecutores blanden en ese aire con leve olor a gas que escapa de las cámaras de música en que el público, desnudo y demudado, yace: dime, acaso lo crees? dime sí: que creo en esos públicos desnudos que yacen demudados cuando por sus orejas penetran los brumosos sonajeros, los dulces violoncelos de la cuna, del gas: dímelo ya.

Pretendí, en efecto, leer este poema más allá (o acá) de “una militancia del deseo”, “de una subversión lúdica del fascismo”, de “una desterritorialización y transtemporalidad de los eventos históricos”, de “una distorsión y perversión neobarrocas”, etc., etc., etc. Lo leí y lo escuché (o en todo caso escuché con los ojos, con el oído interior), solo eso: movimientos sublimes de una pieza de cámara. Así de sencillo, estaba frente a un poema que venía a reivindicar aquel ideal del pensamiento poético moderno que, en palabras de Walter Benjamin:

La gran preocupación de todos ellos [de los poetas franceses modernos] era la de la música. Así, literalmente destrozados, iban saliendo domingo tras domingo del *concert Lamoureux* en los Campos Elíseos, donde escuchaban las grandes oberturas de Wagner. «Al lado de esto, nosotros ¿qué podemos hacer?», así sonaba, desesperadamente, aquella gran reseña de Baudelaire sobre *Tannhauser* en los poetas jóvenes. La música tiene notas, tonalidades y escalas: por lo tanto, puede construir. Por el contrario, ¿qué es construcción en poesía? Casi siempre, un retoque de lo que es la estructura lógica. Por ello, en el campo de la fonética, los simbolistas trataron de imitar la construcción de las sinfonías. Cuando al fin Mallarmé ya ha elaborado las grandes obras maestras de este estilo, aún da un paso más. Hace que la escritura compita estrictamente con la música.

Pero no nos preocupemos, rápidamente he acudido a Benjamin, he alejado cualquier pista que pudiera tacharme de ingenuo, o elitista, o alienado, o hasta de fascista, y me he puesto la vestimenta del carnicero para seguirle dando

hachazos (analizando) a la *res* poética. Nada, que melancólicamente pretendí creer que en aquella idea de Derrida subyacía esta certeza: Un poema es barroco, o romántico, o clásico, o coloquial, o surrealista, o poscolonial, no porque se constituya y revele en tanto expresión barroca, o romántica, o clásica, o coloquial, o surrealista, o poscolonial; lo barroco o lo neobarroco, en el caso del poema que leímos de Perlongher, es apenas el componente mecánico, momento formal, incluso estructural, a través del cual se llega al poema; esto es, desde donde se construye la materialidad del poema. Como sentenció Susan Sontag:

Ninguno de nosotros podrá recuperar jamás aquella inocencia anterior a toda teoría, cuando el arte no se veía obligado a justificarse, cuando no se preguntaba a la obra de arte qué *decía*, pues se sabía (o se creía saber) qué *hacía*. Desde ahora hasta el final de toda conciencia, tendremos que cargar con la tarea de defender el arte. Solo podremos discutir sobre este u otro medio de defensa. Es más: tenemos el deber de desechar cualquier medio de defensa y justificación del arte que resulte particularmente obtuso, o costoso, o insensible a las necesidades y a la práctica contemporáneas.

Eso: también he acudido a Sontag, le he rogado que hable por mí...

Flaubert creía que si Plauto hubiera conocido a Aristóteles se hubiera reído en su cara debido a la *Poética*. Pero a nosotros nos es negada esa risa salvaje de Plauto que imaginó Flaubert: somos el resultado de siglos de amordazamiento aristotélico. Y eso nos tiene que poner contentos. Por lo que, repitémoslo, exorcicemos el estado melancólico anterior, que en cuestiones prácticas de nada nos sirve, y pensemos entonces la crítica literaria desde otra perspectiva, donde está, a contrapelo de la idea derrideana, puede compartir el impulso creativo de la obra de arte. Vayamos allá, pues, porque “entre la palabra y las vísceras todas esas máquinas”, nos vuelve a recordar Ceronetti.

El análisis poético —la lectura crítica de poesía— se fundamenta en dos niveles: uno que piensa el poema a partir de los valores que la tradición ha instalado como principios; y otro, aún más profundo, que piensa el poema como valoración crítica de esos valores. Asimismo, esta valoración de los poemas instituidos procede a su vez en dos direcciones o modos de operación: uno que amplifica los límites artísticos, éticos y conceptuales que ofrecen esos valores; y otro que dinamita el territorio que ocupan los valores mismos.

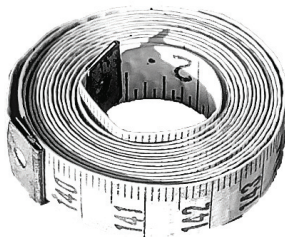
A toda creación artística debe corresponder una imaginación crítica que pueda rivalizar con ella. La imaginación crítica es el ejército —cuyas armas son los instrumentales teóricos y analíticos— que incursiona,

asedia y embiste el reino de la creación; no para destruirlo, sino para someterlo e imponerle una lógica interpretativa, acaso reveladora, que dé cuenta de lo que es el poema (o lo que son un conjunto de poemas, o lo que son ciertos libros de poemas, o ciertas tendencias y corrientes poéticas). Esto es, todo poema en sí, lo que podríamos pensar como la materia misma del poema —tanto sus presupuestos técnicos como sus lógicas de sentidos—, resulta accesible, penetrable, en la medida que le haga frente una imaginación crítica que posea un arsenal teórico capaz de asaltar, subyugar, dominar los territorios de la creación. Entonces, en ese instante en que la imaginación crítica conquista el reino de la creación, ella misma deviene creación, es creación.

El proceso descrito en el párrafo anterior resultaría aplicable casi de igual modo tanto para el crítico como para el poeta. La única diferencia es que el poeta substituye instrumental imaginativo por instrumental teórico. El poeta se auxilia sobre todo de la fuerza puramente verbal, en detrimento de la idea o fuerza conceptual —lo que no resta que idea y concepto formen también parte de su equipaje, aunque en mucha menor medida y necesidad; como energías secundarias, nunca primarias—. En el poeta la energía verbal adviene anterior a la conceptualización, a la idea. En el crítico (también en el filósofo) los conceptos salen a la búsqueda del diseño verbal que les corresponden. Para Harold Rosenberg “la poesía como alquimia verbal es una manera de sentir, nunca la expresión o la ilustración de una filosofía. Ni empieza ni termina con ideas. Su magia consiste en salir adelante sin ayuda de las generalizaciones”.

Entonces hoy, aquí mismo, ¿poeta y crítico, por senderos distintos, pueden llegar a conquistar espacios de creación? Aunque “todas esas máquinas” chirreen y chirreen hasta volver a chirriar, aunque todos esos automóviles nublen las calles del poema, pensemos que sí. Pensemos que —entre tanta mordaza que ha cercado al poema— tenemos algo que ofrecerle a *Ella*, y a *Él*.

Entre tanta jerga teórico-crítica, un campo de girasoles que desconoce las justificaciones... Un campo de girasoles para ciegos.



1. Máquina compuesta de
dos grandes ruedas
engranadas que

mediante cangilones
sube el agua de los
pozos y acequias.

2. Pozo de forma
comúnmente
ovalada

del cual se saca
agua con la
máquina.

3. Artilugio de feria
consistente en una
gran rueda

con asientos que
se desplazan
verticalmente.





ISSN 2077-8422